


MARIA MORRISON DE PARKER

EDITORIAL TOR :-: BUENOS AIRES

OSCAR SOLDATI

María Morrison de Parker

---

# LOS ALTUNEZ

NOVELA



EDITORIAL TOR
Rio de Janeiro, 760
BUENOS AIRES

## I

Un travieso rayo de sol, que halló al fin un intersticio por donde colarse, vino a dar de lleno en el rostro de Pancho Altúnez, que despertó mal humorado cuando recién empezaba a conciliar el sueño.

Renegando por no haber tenido—él, a quien lo más mínimo desvelaba, — la precaución de cerrar bien los postigos, tiróse del lecho, y, sin [redacted] siquiera [redacted] calzarse, se dispuso a arrojar de la habitación, al luminoso, cuanto importuno, huésped. Reinó de nuevo la sombra, y Pancho, a tientas, ganó otra vez la cama, cubrióse hasta las orejas y se abandonaba ya a esa dulce modorra que precede al sueño, cuando dos golpes discretos, como de alguien que, contra su gusto, se atreve a molestar, sonaron en la puerta de la habitación.

Esta vez se incorporó Pancho furioso, y hubiera sin duda contestado de mala manera a no recordar

súbitamente que su cariñosa madre teníalo acostumbrado al mimo de servirle el te en la cama. Su malhumor se discipó...

Aquel te "a la inglesa", flanqueado de tostadas con manteca, que su misma madre le preparaba y servía, desde hacía tantos años, a las nueve de la mañana; te que en invierno saboreaba Pancho bien arropado, echando luego otro sueñito, era uno de sus mayores placeres, quizá una de las tantas causas que, a los treinta y seis años, le habían impedido pensar seriamente en casarse.

Pero aquel día, Altúnez, que se había acostado a las cuatro de la mañana, tenía un sueño atroz... ¿Era posible que fueran ya las nueve?... "Decididamente me vuelvo viejo; ni una mala noche soporto ya", pensó.

Y endulzando la voz cuanto lo permitía su malestar y su impaciencia, contestó:

—Mamá, mi buena mamita, sé hoy generosa y déjame dormir un rato más.

Fué una voz de timbre muy joven la que, a través de la puerta, contestó:

—¡Por Dios, Panchito! Haz el favor de levantarte.

Al reconocer la voz de su hermana menor, incomodóse el joven de veras, y, aunque era de carác-

ter dulce y en extremo bondadoso con los suyos, contestó de malísimo modo:

—¡Oh!... ¿Quieres dejarte de fastidiar, zonza?

Y nuevamente la vocecita, emocionada esta vez, como si su dueña hiciera esfuerzos para contener el llanto, insistió:

—Es que... mamá te llama; papá está peor. Ha pasado la noche con mucha fiebre y ahora está sin conocimiento...

No esperó Pancho esta vez que su hermana concluyera de hablar. Saltó del lecho ya completamente desvelado, calzóse apresuradamente unas zapatillas, se echó el sobretodo sobre el camisón y fué a abrir la puerta.

María Luisa Altúnez, "Chichí", como la llamaban los suyos, colgóse, llorando ya, de su cuello:

—¡Papá se muere, Panchito! ¡Papá se muere!

—¡Bah! No digas zonceras. ¿Cómo va a morirse si ayer no tenía más que un catarro sin importancia? Es que ustedes se asustan por nada...

—No... No...

—Bueno, déjame vestir. Vuelve al lado de mamá. ¿Quien está con ella?

—Nadie... está sola.

—¡Sola! ¿Cómo sola?... ¿Y Magdalena? ¿Y Quico?

—Magdalena está en su cuarto vistiendo a los

chicos. Quico... Quico no está en casa. Anoche no vino.

—¡Mocoso sinvergüenza! Se aprovecha de la enfermedad de nuestro padre,—rezongó Pancho sin pensar que él mismo no daba muy buen ejemplo a su hermano menor.

—Sí, te aseguro que Quico se ha vuelto, de un tiempo a esta parte, insoportable. No viene a dormir la mayor parte de las noches, y cuando está en casa manda y grita como si fuera el dueño. La culpa la tienen Magdalena y mamá, que le dan plata y le "tapan" todo para que papá y tú no se enteren. Yo no quería decirte nada; pero...

—Has hecho bien en advertirme. ¡Yo lo voy a enseñar! Y ahora vete, Chichí. Yo estoy pronto en dos minutos.

Salió la jovencita, y Pancho, entre el aturdimiento que le causaba su sueño interrumpido y el que le produjera la mala noticia, tardó bastante más de lo que pensaba en vestirse. Arreglado a la ligera, corrió a la habitación de su padre, donde María Luisa y la señora de Altúnez se inclinaban ansiosas sobre el enfermo, sumido en la inconsciencia, sin saber qué hacer ya para reanimarlo. Al ver a Pancho, la señora exhaló un suspiro de alivio.

—¡Por fin!

—Pero¿ por qué no me avisaron antes?—preguntó Pancho, inclinándose sobre el enfermo, cuyo rostro lívido y respiración penosa le impresionaron mal.

—Creí que esto pasaría, y como sé que te acuestas tarde y duermes mal, no me resolvía a llamarte. El médico, a quien avisé por teléfono, acaba de irse y volverá dentro de tres horas. Recetó una bebida y unas inyecciones que él mismo le aplicará. Voy a mandar a Bruno a la farmacia...

—Voy yo, mejor—dijo Pancho, calculando que sus piernas llegarían más pronto que las del viejo jardinero, acaso en un secreto deseo de escapar a la angustia que le producía su impotencia, y más que nada aquel cuadro que lo torturaba como un remordimiento.

—¡No, no te vayas, Panchito!—suplicó Chichí, que se agitaba de un lado a otro, muy convencida de que ayudaba a su madre en los cuidados solícitos, pero ineficaces, que prodigaba al enfermo.

—Volveré en seguida. Ve a reemplazar a Magdalena en el cuidado de las criaturas y que venga ella aquí a acompañar a mamá. Calma, que no ha de ser nada ésto. ¡Pero qué ocurrencia no llamarme antes!

Volvió Pancho a su habitación para concluir de arreglarse, y casi corriendo atravesó después el cuidado sendero que conducía desde la casa al por-

tón de la quinta. Pero, ya en la calle, se detuvo indeciso. ¿Iría hasta la única farmacia del lugar, distante unas pocas cuadras o al centro, para mayor seguridad en la eficacia de la medicina? Esto último le pareció mejor. La farmacia del barrio no le inspiraba más que mediocre confianza. Decidió, pues, ir al centro, y maquinalmente consultó su reloj.

Eran poco más de las siete de una mañana de Octubre, bastante fresca, pero serena, luminosa, sahumada por el perfume de las rosas tempranas y de las glicinas en flor. Dorados ya por el sol y en su atavío primaveral, parecían remozados los añosos paraísos que flanqueaban el camino, y de ellos subía un confuso rumor de gorjeos, aletazos y chillidos que, por instantes, tomaba proporciones de verdadera algarabía. El paraje, uno de los más bonitos de los alrededores de Montevideo, era bastante solitario, y la propiedad de los Altúnez, vasta, antigua, a la que por gusto expreso de los propietarios o quizá por falta de medios, no se había pensado en modernizar, contrastaba por su aspecto señorial con las líneas ligeras de algunos chalets, de nuevo, y no siempre bien inspirado estilo, que empezaban a levantarse a su alrededor.

En las casas vecinas todo parecía dormir aún; pero, frente por frente a la de Altúnez, un edifi-

cio de proporciones muy modestas, si se le comparaba con los otros, debía albergar gente más madrugadora. Sus puertas y ventanas estaban abiertas al aire vivificador de la mañana, y en el vestíbulo, una mujer de aspecto distinguido, con el cabello demasiado blanco para su rostro joven aun, regaba una verdadera colección de helechos, begonias y culantrillos que crecían en tiestos prolijamente esmaltados de verde.

El frente de la casita tenía una tablilla con la siguiente inscripción:

"Colegio de Santa Rita"
"Enseñanza gratuita para niños y niñas"

No obstante su preocupación, dirigió Pancho una larga mirada a la casa vecina. Como la anciana se volviera en aquel momento, la saludó profundamente, saludo al que ella correspondió con cortesía perfecta y natural.

¿Y el tranvía?... Parecíale a Pancho que tardaba más que de ordinario; empezó a pasearse nerviosamente por la acera y, a falta de mejor desahogo para sus nervios, arrancó varios racimos morados a la vieja glicina, que se enroscaba en la verja de su quinta, los que trituró luego sin piedad.

Un tranvía apareció al fin; pero en dirección contraria a la que Pancho deseaba, pues venía del

centro. Y de él descendió un hermoso muchacho de veinte años, el trasnochador Federico Altúnez en persona. Desperezándose y con ruidoso bostezo se dirigía a la casa; pero al ver a su hermano mayor la sorpresa lo clavó en el suelo.

—¿Y eso?... ¿Qué milagro te ha hecho madrugar? ¿Estás acaso componiendo algún poema sobre la salida del sol?

—¡Insolente! ¡Te voy a dar chistes! Acaban de enterarme que has tomado la bonita costumbre de pasarte las noches de "farra".

—¡Quién fué la chismosa? ¿Chichí?... Lo apostaría... Y tú... no veo por qué das crédito a semejantes habladurías. ¿Quiéres saber dónde he pasado la noche?... Pues voy a decírtelo, aunque no te reconozco derecho a intervenir en mis actos, y mucho podría yo decir de los tuyos... Pero sepa usted, señor, que tan severo es...—para los demás—, me he amanecido estudiando, con un compañero; preparándome para ese maldito examen de Diciembre, ¡que Dios confunda!

—Mira Quico... ¡Yo tengo mucha paciencia, pero no abuses! ¿Me has visto cara de zonzo?... Pero ya discutiremos ésto en otra ocasión. Cosas hay ahora más importantes. Y puesto que te has dignado venir a casa, vas a ir en lugar mío al centro para hacer preparar estas recetas en una buena far-

rnacia. Papá se ha agravado inesperadamente. Mientras los zánganos de los hijos—también yo, lo confieso,—se pasan la vida de jarana, el pobre viejo, el único que aquí vale algo y trabaja, se está mumuriendo. ¡Veremos qué será de todos cuando él falte!

La hermosa y despreocupada fisonomía de Federico se ensombreció un poco.

—Pero, ¿de veras, está papá tan mal? ¡Si no tenía más que un resfrío! Son exageraciones de las mujeres.—Y luego, dominado por su egoísmo, continuo:—¿Y por qué no vas tú como pensabas? ¿No ves que me caigo de sueño?

—Ya dormirás hasta el cansancio cuando vuelvas. Puesto que puede evitarse, prefiero no dejar solas a mamá y a las muchachas. Ahí viene el tranvía. ¡Vete!

—Dame dinero; no tengo más que un peso.

—Milagro sería! Ahí tienes veinte pesos. Vuélvete en auto.

Federico, que no era malo en el fondo, esbozó una mueca de resignación, subió al tranvía, y ya en la plataforma, hizo a Pancho un guiño malicioso al ver aparecer en la ventana del colegio una linda muchacha.

Coloreóse ligeramente el rostro moreno del mayor de los Altúnez, y su sombrero casi tocó el sue-

lo para saludar la graciosa aparición. Ella correspondió cortés pero muy seria.

Y mientras el tranvía volaba rumbo al centro llevándosa a Federico medio dormido, Pancho volvió a entrar en la casa, fijo en su mente, como visión consoladora, el recuerdo de los lindos ojos azules y los cabellos castaños de su vecinita la maestra.

## II

DESPUES de examinar detenidamente al enfermo, el médico hizo un movimiento desalentador, aunque luego intentó tranquilizar a la familia con palabras vagas. Pancho, a quien no había pasado inadvertido el primer gesto, lo acompañó hasta la puerta, y después de permanecer con él algunos instantes, volvió a entrar, muy pálido.

Antes de llegar a la casa, salió a su encuentro una mujer como de treinta años, alta y hermosa, que llevaba un niño pequeño en brazos: era Magdalena, la mayor de sus dos hermanas.

—¿Qué te dijo el doctor, Panchito?—preguntó ansiosamente.—Te he seguido hasta aquí para saberlo. A mamá y a Chichí debes ocultarles la verdad; pero yo estoy acostumbrada a sufrir y tengo valor: habla.

—Pues, bien: está grave, Magda. Hay congestión a los pulmones y amenaza de ataque cerebral.

—Pero... ¿queda alguna esperanza?

—El médico no se atreve a darla. Ha solicitado una consulta que se celebrará hoy.

Magdalena guardó silencio; ni una lágrima empañó el fulgor de sus magníficos ojos; pero se puso muy pálida y sus manos de estatua, donde brillaba, como única joya, un aro de oro, se crisparon nerviosamente.

—Necesita absoluta tranquilidad y silencio,—continuó Pancho, — y tus chicos son muy bulliciosos. ¿No podrías llevarlos o enviarlos a alguna parte?

—¿Y a dónde?... No puedo alejarme de aquí en estos instantes, y, como son tan traviesos, si los supiera lejos de mi vista no tendría un momento de tranquilidad.

—¿Por qué no mandas las niñas al colegio?

—¿A cuál?

—Al de enfrente.

Magdalena esbozó un gesto de repugnancia.

—No me gusta. Se rozarán con toda clase de chicos, sucios, mal educados...

—Sin embargo, no está demás que empecemos a *democratizarnos,* hermana...—observó Pancho gravemente.

—¡Oh!—suspiró la joven madre;—sé por qué lo dices... Y no te falte razón. Conozco perfectamente la apurada situación de nuestra familia, cuyas

cargas he aumentado yo después de la muerte de mi marido. Si nuestro padre muere...

—Si nuestro padre muere—repitió Pancho sordamente,—hay algo más, además del inmenso dolor de perderle: la situación en que quedarán ustedes... tus hijos... Yo, que debería ser el natural sostén de la familia, ¡valgo tan poco! Y no hay que contar con Federico, demasiado joven aun y tan aturdido. A propósito, ¿por qué me has ocultado sus calaveradas?

—Son cosas de la edad, Pancho. No te preocupes por Federico; es joven, hermoso, inteligente... Y, como audacia no le falta, hará carrera.

—Sí, la carrera abierta a todos los ociosos e inútiles que tanto abundan en nuestro medio: un casamiento con mujer rica,— observó Altúnez con ironía triste. Magdalena se encogió de hombros.

—Esa... u otra. ¿Qué más da?... lo esencial es salir del paso. ¿Qué has hecho tú, al fin y al cabo, con tu delicadeza, con tus sueños, con tu sentimentalismo? Vamos a ver...

—Nada, Magda. Tienes razón, nada. Pero... ¡qué quieres! Me creí con talento; me ilusionaron mis primeros triunfos literarios. Y hoy, ya lo ves, a los treinta y seis años soy más desconocido que al principio. Todas mis obras se rechazan implacablemente, y cuando son aceptadas, mueren de ane-

mia antes de la tercera representación. Ha sido necesario este soplo de desdicha que nos amenaza para arrancar la venda de mis ojos, y hoy comprendo que vale más dedicarse a arrancar piedras en los caminos que al arte, cuando no se posee verdadero talento.

—Tú tienes talento, pero eres... ¿cómo diré? Algo complicado. Quizá no te comprenden. Además, entre nosotros, nadie hace fortuna con el talento, que yo sepa.

—Eso es verdad... ¡amarga y dolorosa verdad! No le ha faltado talento a nuestro padre en el ejercicio de su profesión y, no obstante, sólo ganó lo estrictamente necesario para vivir con decoro.

—¡Le faltó audacia y le sobró honradez!

Esta reflexión amarga, con ribetes de cínica, estaba sin duda fuera de lugar en aquellos hermosos labios de mujer. Pancho, sorprendido, miró a su hermana, en cuyos ojos negros, en otro tiempo tan dulces, parecía brillar un resplandor malsano, como si todas las pasiones lucharan desencadenadas en aquella alma que él sabía tan soberbia; pero, dominado por intensa laxitud ante el recuerdo de su propio fracaso, se abstuvo de rebatirla, como lo hubiera hecho seguramente en otra ocasión.

En silencio, embebidos en sus pensamientos dolorosos, los dos hermanos echaron a andar por una de las floridas calles del jardín, donde el sol po-

nía aquí y allá sus tonos luminosos. Y de pronto, rumor de voces infantiles llegó hasta ellos. El bebé, que Pancho había tomado en brazos, agitó las manecitas y gorgeó alegremente al ver a sus hermanos que, conducidos por María Luisa, se aproximaban. En vano intentaba la jovencita contenerlos y acallarlos. Prendidos los mayores de su pollera y el más pequeño de su mano, iniciaban una serie de saltos y cabriolas que traía medio sofocada a Chichí.

—¡Es imposible tenerlos quietos, Magdalena!—dijo la joven a su hermana.

—¡Vamos! Sean un poco más juiciosos que el abuelito está enfermo—dijo la madre acariciándolos, y mirando a su hermano añadió:—no hay más remedio que seguir tu indicación y mandarlos al colegio.

—¿A qué colegio?—preguntó sorprendida Chichí.

—Al único que por aquí tenemos: al de Santa Rita.

—Pero... ¿estás loca, Magda? ¡Si es un colegio para niños pobres!

—No importa; tengo entendido que reciben también a los que, como en este caso, "aparentan" no serlo, mediante el pago de una pequeña cuota. Laurita y Julieta irán desde ahora mismo.

—Puedo ir yo a llevarlas, si quieres—dijo Pancho prontamente.

Chichí se echó a reir con expresión maliciosa.

—Sí, ve no más... ¡Ya me parecía que la idea era tuya!

Pancho se hizo el zonzo y las niñas saltaron alborozadas ante la perspectiva de ir al colegio.

Eran los hijos de Magdalena preciosas criaturas, que contarían siete años la mayor y menos de dos el pequeño. Tenían los tres mayores rizadas cabecitas de un rubio ceniciento, ojos azules, muy claros, tez blanca, tan fina que dejaba transparentar las venas. Sólo el bebé, moreno y fuerte, se parecía a la madre. Los otros tenían el mismo aspecto de flores de invernáculo que su tía Chichí. Mientras la madre distraía a Paquito y Bebé, que querían seguirlos, Pancho tomó de la mano a las niñas mayores y salió con ellas para llevarlas al colegio, Magdalena los siguió unos instantes con la vista, y, después de llamar a una sirvienta para que se llevara a los pequeños, se dejó caer en un banco con aire de profundo abatimiento.

—Sabes una cosa, Magda?—dijo Chichí.

—¿Qué?

—Me parece que Pancho está enamorado de María Victoria.

—¿Y quién es María Victoria?—preguntó Magdalena, pensando en otra cosa.

—La maestrita vecina, pues. Yo lo he notado hace tiempo. Y, a la verdad, no harían mala pareja. Ella es una niña buena e inteligente, de distinguida familia, que, a la muerte del padre, se ha

visto obligada a trabajar. Dicen que ella sola sostiene la casa al frente de esa escuela, que una comisión de damas le ha proporcionado con el fin de favorecerla. Pero... ¿me oyes o no?

—¿De quién estás hablando?

—De nuestra linda vecina, pues... ¿Estás dormida? Te digo que Pancho está enamorado de ella.

—¡Buen provecho le haga!—contestó Magdalena con indiferencia y sin estar más enterada que antes. Pero me parece mucha ligereza de su parte, Chichí, ocuparte de tales cosas cuando papá está tan grave...

—¿De veras?... ¿Lo crees tan grave? ¿Crees que se morirá?—preguntó Chichí ansiosamente. Su delicado rostro palideció y sus ojos azules, que al revés de los negros de Magdalena, estaban siempre prontos al llanto, se humedecieron.

Arrepintióse Magda del efecto causado por sus palabras y miró con una especie de tierna conmiseración a aquella niña que, por haber llegado cuando ella y Pancho eran ya adolescentes, querían ambos con afecto casi paternal.

—No pienses tal cosa, Chichí—dijo acariciándola—¡Morirse nuestro padre, nuestro único amparo! Dios no ha de permitirlo. Pero está de cuidado y es necesario no pensar más que en él. Yo voy a su lado y trataré de conseguir que mamá se recueste un rato. Tú despierta a Quico que ya ha dormido bastante. A lo menos por unos días tiene que por-

tarse bien si no quiero que le acorte las riendas y le suprima los víveres.

Fué Magdalena a relevar a su madre y Chichí emprendió la ardua tarea de despertar a su hermano que dormía como un lirón y se puso furioso, amenazándola con tirarle un botín a la cabeza. Sólo se calmó ante la amenaza que, a su vez, le hizo Chichí de contárselo a Magdalena, a quien, el muchacho, por razones de conveniencia, respetaba bastante, desde luego, más que a ninguna otra persona de la familia.

## III

ENTRETANTO, Pancho llegaba al colegio con las niñas y era recibido por la joven maestra, bastante asombrada ante aquella visita.

En los dos años que llevaban de ser vecinos, María Victoria Valdez y su madre, no habían cambiado con los Altúnez más que ligeros saludos de cortesía. En su altiva pobreza se decían que ellas eran poca cosa para alternar con la familia del abogado, a la que juzgaban en posición brillante. Y aunque Chichí, quizá por esa atracción mutua que siente la juventud saludaba muy amablemente a María Victoria y hasta parecía ansiosa de entablar relación, la maestra se mantuvo esquiva, sin rayar en descortés.

En cuanto a las expresivas miradas del mayor de los Altúnez, jamás dió muestras de advertirlas siquiera.

El natural asombro de María Victoria al ver llegar a Pancho en compañía de sus sobrinas, creció

de pronto al saber que éstas estaban destinadas a ser sus alumnas.

—¿Lo ha pensado usted bien, señor?—preguntó vacilante.—El ambiente de mi escuela no me parece apropiado para estas niñas. Todos o casi todos mis alumnos pertenecen a la clase social más humilde, y yo no puedo ni quiero hacer diferencias; —concluyó un poco secamente, en guardia ya contra posibles pretensiones.

—Ni yo me atrevería a solicitarlas, señorita—contestó Altúnez con simpática gravedad.—Mi familia y yo estamos muy por encima de tales prejuicios. Además, estas niñas no tienen fortuna, como usted parece suponer, señorita.

—Pero—observó la joven, cuyo rostro y cuya mirada se dulcificaron,—no se trata de diferencias de fortuna, si no de educación. Observe a mis alumnos, ahora que nos creen entretenidos. Los pobrecitos tienen instintos groseros que mi autoridad no basta siempre a reprimir. Mire y dígame luego si persiste en dejar aquí a sus sobrinas.

Pancho, siguiendo la indicación de María Victoria paseó su vista por el salón de clase, limpio, espacioso y bien ventilado. Luego la detuvo en el grupo de niños. Eran éstos unos ochenta, divididos en tres secciones; pobremente vestidos en su mayoría, pero limpios, por ser el aseo condición exigida por la maestra para admitirlos. No creyéndose observados adoptaban posturas groseras, char-

laban, discutían y hasta obsequiaban con algún pellizco o cachete al compañero de banco, siendo de notar que la víctima tenía siempre sobre el agresor la ventaja de estar arreglado con algún esmero: mejor peinada la ruda cabellera, a la que una continua exposición al sol daba dos o tres matices distintos, lustrados los gruesos zapatones, tal vez un moño en la cabeza, si era niña, o un blanco cuellito, con su correspondiente corbata, si varón...
llito, con s ucorrespondiente corbata, si varón...
Pancho sintió vacilar su resolución al imaginar a las hijas de Magdalena, cuidadas como flores, entre aquellos chicos feos, pecosos, grotescos en su mayoría...

Pero la voz de María Victoria se elevó con dulce autoridad:

—¿Pero qué significa este desorden? ¿Cómo es posible que se porten así?

La colmena infantil se aquietó como por encanto y volvieron a sentarse muy derechitos, musitando tal cual una queja: "fué éste", "fué aquél".

—¡Basta!—ordenó la maestra.—Vamos a ver quién concluye mejor y más pronto su deber.

Se inclinaron dócilmente los chiquillos sobre sus cuadernos y pizarras. El silencio fué tan profundo, que el himno de los pájaros en el jardín de María Victoria, llegó claramente hasta ellos.

—Su sola voz basta para disciplinarlos—observó Altúnez sonriendo y sintiéndose tan dominado como

los chiquillos.—Estoy perfectamente tranquilo respecto a mis sobrinitas y se las confío.

—Puesto que se empeña, voy a inscribirlas. He oído decir que no tienen padre...

—Es verdad. Tuvieron la desgracia de perderlo hace dos años, señorita.

—¿Quiere tener la bondad de decirme el nombre de la mamá?

—Pregúnteles a ellas. Se mueren por hablar, y contestarán tan bien como yo.

—¿Cómo se llama tu mamá, nena?—preguntó María Victoria, dirigiéndose a la mayor.

—Magdalena Altúnez de Guzmán,—contestó sin vacilar la despierta chiquilla.

—¿Y tú?

—Laura Margarita.

—Yo me llamo Julieta,—intervino la más pequeña, impaciente porque no la interrogaban.

Mientras María Victoria seguía interrogando a las niñas y escribía datos en su libro de apuntes, Pancho la observaba por vez primera, de cerca y detenidamente. ¡Qué linda era en todo el esplendor de los veinte años! Su tipo podía servir de transición entre la arrogante belleza de Magdalena y la demasiado frágil de Chichí. Se hubiera dicho que su figura absorbía y reflejaba a la vez toda la luz de aquella radiosa mañana. Había luz en sus cabellos, de un castaño dorado, y luz en los ojos azules, que se abrían muy grandes cuandos interro-

gaban, y se velaban ligeranmente tras las pestañas obscuras para escuchar. Hubo un momento en que maquinalmente acercó a su rostro un ramo de rosas frescas que había sobre su pupitre, y a Pancho le pareció que su cara y las rosas era toda una misma flor.

—La cuota es voluntaria,—dijo María Victoria, concluyendo de escribir.—Se da lo que se quiere o puede, y los pobres, absolutamente nada.

Pancho se inclinó. Probablemente no había entendido lo que la maestra decía, tal era la atención con que analizaba sus encantos.

—¿Cuándo vendrán?—preguntó María Victoria, que sentía fija sobre ella la ardiente mirada de Altúnez y a quien, evidentemente, mortificaba aquella silenciosa admiración.

—Nos haría usted un gran favor guardándolas desde ahora mismo.—contestó Pancho volviendo por fin a la realidad.—Mi padre está muy enfermo, y estas personitas son muy buliciosas.

Comprendió al fin María Victoria el porqué del honor que se hacía a su escuela, pero, demasiado culta para darse por entendida, se limitó a preguntar con interés:

—¿Está enfermo el doctor Altúnez? Espero no será nada grave.

—Nosotros tememos desgraciadamente lo contrario.

—Hay que tener confianza en Dios.

—En él esperamos—afirmó Pancho que era incrédulo.—Pero ya la he entretenido demasiado, señorita. Quedo a sus órdenes y, desde ya le agradezco todo lo que haga por mis sobrinas¡ Hasta luego y portarse muy bien, nenas!

Saltaron impetuosamente las chiquillas al cuello de Pancho y éste, después de retener algo más de lo que convenía la mano de la maestra entre las suyas, salió llevando en su alma una impresión muy dulce, tan dulce que era casi superior a su preocupación y a su angustia.

Magdalena lo esperaba con impaciencia.

—¿Qué tal?—preguntóle en cuanto lo vió.

—Bien... muy bien...—contestó Altúnez como si saliera de un sueño.—Han quedado lo más contentas... La maestra es encantadora...

—¿Sí?...—preguntó con ironía Magdalena. Pues anda con cuidado, no sea que vayas a enamorarte de ella; recuerda que dos miserias no deben nunca unirse.

Pancho, en cuyos oídos sonaban voces de niños y canciones de pájaros, ante cuyos ojos revivía el rostro de María Victoria, confundido con el ramo de rosas, se estremeció al oír aquel acento duro que lo volvía a la realidad. Miró a su hermana casi con odio.

—Te desconozco de un tiempo a esta parte, Magda,—dijo.—No sé qué te pasa, porque tu desgracia, aunque muy grande, no es motivo para que ex-

preses ideas que hasta en boca de un hombre chocarían.

—Quizá te choquen a tí que eres... un Quijote. No has cambiado, por cierto, de los veinte años acá.

—Es quizá mi único mérito—contestó Altúnez con dulzura.—En cambio tú, sí has cambiado y nada favorablemente. Pero, ¡por favor!, no estristezcamos más con nuestras discusiones estos momentos de angustia. ¿Cómo sigue papá?

—Siempre en la misma inconsciencia deseseperante—contestó Magdalena, torciendo con desaliento sus hermosas manos.—¡Ah! ¿Será posible que lo perdamos?...

—No hay que desesperar aún. Veremos lo que opinan los médicos en la consulta de hoy. He pensado también en traer a Pedro Muriel. Aunque médico nuevo, es inteligente. No sé cómo no se me ocurrió pensar en seguida en él...

—¿A Pedro?...¡Bah! ¿Qué quieres que sepa ese pobre muchacho? Además... yo preferiría que no lo trajeras.

—¿Porque fué un poco tu novio hace ocho o diez años?... ¿Quién se acuerda de tales tonterías? No eran más que unos niños él y tú.

—Fuí coqueta y cruel con él, Pancho. A veces he pensado que todas mis desgracias son castigo de esta mi primera falta, y que pesa sobre mí una maldición.

¡Cosa extraña! La altiva e irónica Magdalena

pareció conmoverse al evocar a aquel Pedro Muriel, a quien dejara para casarse con otro, después de un año de ingenuo, pero apasionado amor... Su fría belleza de diosa pareció que se humanizaba, que se hacía más femenina, más dulce, y juraría que una lágrima apagó un poco el brillo metálico de sus ojos que no sabían ya llorar. Pero la emoción duró apenas un instante. Pancho que la observaba en silencio, ansiosamente, vió cómo erguía de nuevo la cabeza y dejaba asomar a su rostro la sonrisa irónica y mala que robaba a aquel rostro, de líneas admirables, gran parte de su belleza.

—¡Vaya!—exclamó.—No faltaría más si no que me volviera sentimental ahora. Decididamente, Pancho, tu locura es contagiosa...

## IV

La mirada inteligente del doctor Muriel descubrió pronto en el enfermo un caso perdido; no obstante, se propuso luchar con la muerte y hacer cuanto estuviera de su parte por arrebatarle la casi segura presa.

Todo cooperaba a incitarle a esta lucha formidable: el ansia de consolidar su reputación de médico novel por medio de un sonado triunfo; su vieja amistad con Pancho, y, preciso es decirlo... más que nada el antiguo amor que renacía con el trato diario, un vivo afán de mostrarse en todo su valor a los ojos de la ingrata que antaño le desdeñara.

Porque Pedro, fuera de su amor a la familia y a la ciencia, no había tenido otra pasión que la que experimentara, casi niño aun, por Magdalena Altúnez. Ella ,dos años mayor que él, había considerado este amor como el homenaje que una reina se divierte en aceptar de un pajecillo adicto y fiel.

Al conocer al que debía ser su marido, puso término a aquel juego, quizá sin calcular bien la extensión del daño que causaba al que había juzgado un simple compañero de juegos primeros y de fiestas después. Pero para Pedro era aquello cuestión de vida o muerte; y el desengaño estuvo a punto de serle fatal. Una grave enfermedad de la que tardó bastante en reponerse lo hizo atrasar en su carrera. Cuando volvió del campo, adonde lo enviara su familia, Magdalena estaba ya casada. Pedro se propuso olvidarla, y, en apariencia al menos, lo consiguió.

Las primeras entrevistas entre Muriel y su ex novia fueron embarazosas; pero poco a poco la turbación fué desapareciendo y la distancia que existía entre ellos se acortó. Sin aludir al pasado, cosa que en aquellos momentos hubiera estado fuera de lugar, la orgullosa Magdalena mostrábase dulce y atenta con el médico, y, aunque indirectamente, no perdía ocasión de mostrarle su arrepentimiento por la ligereza pasada.

Quizá no se hubiera necesitado tanto para que el corazón de Pedro Muriel, su grande y sencillo corazón, siempre niño, se abriera a todas las esperanzas y se sintiera capaz de todas las abnegaciones.

Sin embargo, el sueño de amor que se bosquejaba vagamente no tuvo tiempo de tomar forma. La enfermedad de don Francisco Altúnez llegó

pronto a un extremo de gravedad desesperante, y todos los esfuerzos, todos los pensamientos, se concentraron en torno del hombre bueno que se iba sin poder siquiera hacer a los suyos un signo de adiós, sin dejarles el consuelo de un consejo, de una advertencia para el porvenir que se perfilaba incierto y sombrío.

Sólo en los últimos momentos, mientras el sacerdote traído por un alma piadosa recitaba las preces de los agonizantes, la mirada del moribundo pareció animarse; buscaba a alguien, y al tropezar con el pálido rostro de su hijo mayor quedó fija en él, obstinadamente fija hasta que la veló la muerte. ¿Qué ansiosa, qué suprema recomendación quiso hacerle?... Pancho creyó comprender: era el transpaso de una responsabilidad; la orden de descender de las nubes para su pobre cerebro de soñador. Y juró obedecer.

Los que pueden entregarse a su dolor sin más preocupación que llorar al ser querido, deben indudablemente sufrir mucho menos que aquellos obligados a enjugar sus ojos para fijarlos secos y ardientes en el porvenir.

Pancho pensó que sólo a él correspondía esta obligación. Por otra parte, ¿quién había de ayudarlo? No era ciertamente su madre, mujer virtuosa, pero de cortos alcances que en su vida había hecho otra cosa que obedecer al marido y someterse al capricho de los hijos; ni Magdalena, fuerte y

enérgica, pero más apta para quejarse de la suerte que para intentar remediarla; ni el joven y atolondrado Federico, ni mucho menos la débil y mimosa Chichí. Sólo él, aunque de antemano se reconocía incapaz, estaba obligado a solucionar aquel pavoroso problema de "vivir".

Pedro Muriel, al corriente de la verdadera situación de la familia, le ofreció discretamente su ayuda pecuniaria y sus consejos. Rehusó Pancho la primera y aceptó con agradecimiento los segundos. Pero, aunque parezca extraño, alguien lo ayudó más eficazmente aun: María Victoria.

Acallando cualquier otro sentimiento que no fuera la generosidad de su corazón, la joven había acudido a ofrecer sus servicios a sus vecinos cuando supo la gravedad de don Francisco Altúnez. Fueron aceptados con gratitud, en esas horas de intensa tribulación en que es preciosa hasta la más insignificante e indiferente de las atenciones. Y no lo eran por cierto las de María Victoria. Experta, abnegada y serena, pronto se hizo indispensable. Pancho, Magdalena y su madre la consultaban en todo, Chichí lloraba en sus brazos y el aturdido Quico volaba a cumplir sus indicaciones.

La señora de Valdez, tan inteligente y solícita como su hija, substituía a ésta cuando las tareas de la escuela la reclamaban. Y gracias a aquellos dos seres de abnegación y de bondad, las horas de intensa lucha con la muerte fueron menos angustio-

sas para los Altúnez. Cuando todo estuvo concluído, la amistad empezada bajo tan tristes auspicios se consolidó. Volvió una y otra vez María Victoria solicitada por Chichí, que no podía pasarse sin ella y por la misma Magdalena, a quien no obstante disgustar la simpatía de su hermano por la maestra, se distraía con la presencia de ésta. Había terminado el desfile de amigos e indiferentes, y el dolor y el aislamiento la aterraban... Pronto tomó María Victoria la costumbre de ir todas las tardes, concluídas sus tareas escolares, a pasar un rato con sus nuevas amigas. Iba con tanta mayor confianza cuanto que el mayor de los Altúnez no la obsequiaba ya con sus miradas lánguidamente expresivas. En cambio, iba estableciéndose entre ellos una sólida y verdadera amistad. Con variados pretextos, un mensaje de Chichí, una recomendación de Magdalena respecto a las niñas, Pancho visitaba también a la joven y poco a poco, casi insensiblemente, la fué enterando de la situación de su familia y de los proyectos que acariciaba para hacerla menos angustiosa.

María Victoria lo oía con interés y se permitía aconsejarlo, discretamente, pero con tal acierto que Pancho se admiraba de aquella juventud tan sabia frente a su inexperta madurez.

Fué así que el escritor renunció momentáneamente a su pluma, que poco o nada le producía, y removió cielos y tierra para encontrar un empleo con

sueldo fijo; que obtuvo gracias a la influencia de un amigo de la familia; otro para Quico, al que obligó a suspender sus estudios en los que sólo conseguía fracasos y que decidió la venta de la hermosa quinta, hipotecada en más de la mitad de su valor, contando con que pagada la hipoteca, sobraría algo para obtener, bien colocado, una renta modesta.

Chichí lo aprobó todo con entusiasmo asegurando que ella también trabajaría. ¿En qué? Lo ignoraba por el momento; pero era seguro que encontraría algo en que ocuparse y ganaría mucho dinero. Iba a pedirle a María Victoria que se ocupara de su educación, bastante descuidada como consecuencia de los mimos paternales, y luego podría también ella enseñar niños, emplearse, cualquier cosa, en fin... sí, sí...; ¿que se burlaran cuanto quisieran, el impertinente Quico sobre todo, pero a que la salvación de la familia iba a deberse a ella, a Chichí? ¡Ya verían de lo que era capaz!

Quico se resignó, aunque de la peor gana a trabajar. Le había entrado ahora una afición loca por el estudio y casi lloraba por tener que abandonar una carrera que, a los veinte años, no había elegido aún... Pancho se hizo el sordo, mostrándose enérgico por vez primera en su vida. Magdalena sonrió malignamente y la madre, pasiva y bondadosa, opinó que era menester resignarse con la vo-

luntad de Dios y obedecer en todo a Pancho, jefe actual de la familia.

Pedro Muriel no había olvidado a sus amigos, y para distraer a Chichí, llevó de visita a sus hermanas, Rosa y Margarita, dos gemelas tan frescas y lindas como las flores cuyos nombres llevaban. Pensaba leal y generosamente pedir de nuevo a Magdalena que aceptara su amor y su nombre; parecíale esta vez que no lo rechazaría, pues, aunque no era rico, podría ofrecer a ella y a sus hijos una posición desahogada. Sin ser fatuo, había notado que Magdalena aspiraba a hacerse perdonar el pasado y ponía el mayor empeño en serle agradable. ¿Conveniencia o cariño?... Era éste un punto que Pedro no profundizaba demasiado. Ser dueño de la mujer que había sido su único amor era ya demasiada dicha para que la turbara con vagas aprensiones. Si Magdalena no lo amaba, ya lo amaría una vez casados, cuando él pudiera probarle su ternura, todo lo que estaba dispuesto a hacer por ella y para asegurar el porvenir de los hijos de otro amor, que se consideraba capaz de querer como suyos.

No obstante las dificultades y penosas circunstancias porque atravesaba la familia de Altúnez, muchas tardes, los domingos principalmente, se pasaban en dulce intimidad.

Pedro Muriel llegaba de visita con sus hermanas, María Victoria se dedicaba a sus vecinas; Pancho,

demás está decirlo, estaba presente, y hasta Quico, cosa excepcional en él, no salía atraído por aquellos lindos rostros juveniles, especialmente por el de Rosita Muriel, cuyo carácter alegre y travieso se avenía mejor que el de Margarita o María Victoria con el suyo. Por cierto que no agradaba a Pedro aquella simpatía que parecía insinuarse entre su hermana y el menor de los Altúnez; pero, muy enamorado él mismo, sentíase dispuesto a la indulgencia. Por lo pronto, las cosas no pasaban de una simple broma juvenil, su hermana no tenía más que diez y seis años y Federico era muy joven. Además el muchacho ahora trabajaba y podía transformarse con el tiempo en un hombre de mérito. Aprovechando las últimas apacibles tardes del otoño ,se reunían todos en el sitio más hermoso de la quinta, e insensiblemente se establecían apartes entre Pedro y Magdalena, María Victoria y Pancho, Rosita y Federico...

Margarita y Chichí no tenían pareja, pero niñas ambas, con cierta tendencia al romanticismo, poco pronunciada en la primera y muy visible en la segunda, se entendían perfectamente.

La viuda de Altúnez no entristecía con su presencia la reunión juvenil; generalmente se aislaba en su cuarto o erraba como una sombra por los lugares más solitarios de la quinta. Sólo salía de su abstracción cuando llegaba la hora del te, que ella misma preparaba y servía con aquella matemáti-

ca precisión que había dedicado siempre a las pequeñas cosas de la vida.

Entonces las conversaciones íntimas se interrumpían y cada cual se separaba llevando en el alma la sensación todavía imprecisa de algo muy dulce que el tiempo se encargaría de poner en claro o que, acaso, no se realizaría jamás...

## V

FUÉ al empezar el invierno que la familia de Altúnez vió definirse al fin su situación.

Por los, en otros tiempos, cuidados senderos de la quinta y donde ahora se notaba la falta de la escoba infatigable de Bruno, el jardinero, paseaban una tarde, tomadas del brazo, Magdalena, Chichí y María Victoria. Esperaban a Pancho que había ido a ultimar las negociaciones para la venta de la propiedad y a obtener repuesta definitiva sobre un empleo prometido desde largo tiempo atrás. Tardaba más de lo calculado, y María Victoria insinuó la necesidad de retirarse.

—Se hace tarde para mí—dijo.—Y puesto que Chichí no está hoy en disposiciones de dar su lección, es mejor que me vaya. Vendré mañana para saber las noticias que espero y deseo sean buenas.

—No, no te vayas...—dijo Chichí;—mira, precisamente ahí está Pancho. Lo conozco en la algarabía que arman los chicos.

En efecto, el asalto a los bolsillos del tío, siempre colmados de caramelos, era ruidoso...

Dejando a los pequeños muy entretenidos en repartirse el dulce botín, Pancho se reunió a las jóvenes.

—¿Buenas o malas noticias?—preguntó Chichí, corriendo a su encuentro y colgándose de su cuello.

—Buenas, hasta donde pueden serlo en nuestra situación. Pero ¡por Dios, chiquita!, déjame respirar. ¡Buenas tardes, María Victoria!

—Muy buenas, Altúnez. Trae usted semblante alegre...

—Sí, no estoy del todo descontento. Pero sentémonos porque vengo rendido. ¿Dónde está mamá?

—Creo que fué hasta la Capilla a rogar por el buen éxito de tus gestiones—dijo Magdalena sentándose junto a su hermano. Chichí y Maria Victoria, tomadas nuevamente del brazo, permanecieron de pie.

—¡Pero hablarás al fin!—dijo la primera, impaciente.

—Pues bien: mi empleo está concedido, Desde hoy formo parte de la redacción de "El Combate".

—¡Bravo!—exclamó Chichí.—Así tendrás vasto campo para desarrollar tus aficiones literarias.

—Desgraciadamente poca literatura tendré que hacer en mi trabajo—dijo Pancho, no sin cierta amargura.—Me han dado el puesto de... ¡bueno, adivinen!

—¿Crónica teatral?

—...

—¿Sociales?

—...

—¿Sports?

—Nada de eso: cronista policial.

—No debiste aceptarlo—dijo indignada Chichí. —El puesto no es digno de un escritor de talento como tú.

—Al contrario, chiquita, lo he aceptado de mil amores.

—Y ha hecho usted muy bien — intervino María Victoria. — En cualquier puesto o estado se distingue el hombre laborioso e inteligente.

—Y sobre todo... ¡como para elegir estamos! — observó con glacial ironía Magdalena.

—Naturalmente, Magda. No hay que empezar por desdeñar lo que se ha solicitado ardientemente. Así, pues, aunque poco, ya contamos con algo seguro. En cuanto a la quinta, mañana se firmará el compromiso de venta. No pude obtener mejor precio; pero pagada la hipoteca y gastos de estos últimos meses, nos quedará aun algo que colocaremos de un modo conveniente. Con eso, unido a lo que Quico y yo ganemos, no digo que saldremos de la pobreza; pero no tenemos que temerle ya a la miseria. ¡Si supieras, Magda, quién es el comprador de nuestra casa!

—Un rico comerciante, llamado don Nicolás de Fazzoli, según nos dijiste...

—Sí, yo no tenía más dato que ese, porque hasta ahora sólo me había entendido con el hijo, un perfecto tipo de imbécil, muy pretencioso y bastante vulgar, aunque se las echa de dandy.

—¡Qué lástima! — observó Chichí. — ¡Y yo que pensaba podría resultar un buen novio para mí!

—¡Sí, bonito novio! No le daría yo a mi linda Chichí por todos los millones de su padre — dijo Pancho acariciando con ternura a su hermana menor.

—Pero, a todo esto, no nos dices quién es el padre — observó Magdalena.

—Quizá sólo tú y mamá pueden recordarlo: nuestro antiguo proveedor y vecino, el almacenero don Nicola.

—¡Don Nicola!

—Sí; ya puedes imaginarte mi sorpresa. ¡Nosotros que lo tuvimos siempre por un pobre diablo! Pues acaba de llegar con su familia de París, donde ha permanecido varios años, es dueño de una colosal fortuna y, sin duda por instigación de los hijos, ha añadido un sonoro "de" a su apellido. Y no paran aquí los cambios. El pequeño Paulino, cuya cara siempre sucia tal vez recuerdes, se llama ahora "Paul" y Nicolasita "Colette". La madre tu-

vo el buen sentido de morirse para ahorrarle a sus vástagos el trabajo de buscarle un nombre "distinguido" y don Nicola, a quien sin duda el francés no convence, se llama simplemente Nicolás. Tal vez los hijos se conforman con nombre tan prosaico recordando que lo llevaba el muy poderoso ¡cuanto infortunado, zar de Rusia!

Chichí y María Victoria celebraron el relato de Pancho con una fresca e interminable carcajada. No así Magdalena que, muy seria, observó:

—No veo motivo para risas ni burlas porque esa familia haya procurado elevarse desde su humilde condición social hasta la que hoy ocupa.

—Le llamas elevarse a cambiar de nombres y adulterar el apellido? — preguntó Pancho estupefacto.

—Peor es conservarlos y hundirse como nosotros. Créeme, hermano, el porvenir no es de los soñadores estériles, como tú, ni de los seres a la vez tímidos, altivos y... demasiado escrupulosos como nuestro pobre padre. Don Nicola habrá hecho su fortuna escatimando en el peso, vendiendo más caro o comprando más barato de lo justo... ¿Quién se va a ocupar de averiguarlo? Habráse humillado al rico y mostrado duro con el pobre... ¿Quién se acuerda de eso? Hoy es el opulento negociante don

Nicolás de Frazzoli y sus hijos no tienen por qué temer el porvenir.

—¡Magdalena! — exclamó Pancho aterrado — No prosigas... ¡Oh, qué daño me hace oírte hablar así!

—Empleo el lenguaje de la realidad, querido. Quizá no es el que hablan los héroes y heroínas de tus dramas, pero ya te habrás convencido de que ni en la escena triunfan esas antiguallas: nombre, dignidad, conciencia... ¡Adiós, María Victoria! — continuó tendiendo la mano a la maestra que la miraba con espanto — Usted pertenece también a la escuela del Quijote, aunque reconozco en su favor un alma bien templada, muy superior a la nuestra. Quizá triunfe en la vida... Pero lo dudo. ¡Hasta mañana! Voy a ver si hago entrar en orden a esos cuatro diablitos.

—¿Qué es lo que tiene? — preguntó Pancho a Chichí que había palidecido intensamente desde el principio de aquella penosa escena.

—¡Qué sé yo!... Estará de mal humor. Desde que nos hemos visto obligados a reducir el servicio, los chicos le dan mucho trabajo. Ya sabes lo traviesos y desobedientes que son. Quién sabe si no esperó que trajeras la noticia de un milagro que nos devolviera nuestra antigua posición. Voy a ayudarla un poco porque parece que el conflicto es serio,

(se oía adentro una gritería infernal). No, no te vayas, María Victoria; yo vuelvo enseguida. Supongo no querrás inferir a Pancho el desaire de dejarlo solo.

Alejóse Chichí corriendo, no sin fijar antes una mirada maliciosa en su hermano. ¿Era aquello un complot?... Las preciosas cejas de María Victoria se fruncieron ligeramente.

Pancho, todavía conmovido por la actitud de su hermana, permaneció unos instante callado y pálido. Al fin dióse cuenta de que la joven permanecía de pie ante él y murmuró confuso:

—¡Perdón! Le ruego tome asiento, María Victoria, si no tiene inconveniente en permanecer a mi lado.

—¿Por qué he de tenerlo? — contestó ella, accediendo — ¡Pobre amigo!

—En verdad, no es eso lo que necesitaría para templar mi valor... María Victoria, — continuó tomando una mano de la joven, tan dolorosamente agitado que ella no pensó en evitarlo — usted, sobre cuyos delicados hombros pesa la vida, no ha desfallecido nunca?

—No, Altúnez; pero quizá no hay en ello mérito alguno. Yo estaba bien preparada para la lucha. Desde muy niña supe que, al faltar mi padre, sólo con nuestras fuerzas podríamos contar. Y la delicada

salud de aquel ser querido no nos dejó nunca la ilusión de que lo conservaríamos mucho tiempo. Murió, aun antes de lo que pensábamos. Mi educación no estaba terminada. Pero mi madre es una admirable mujer, valerosa, inteligente y muy instruída. Fué mi mejor maestra, como es ahora mi ayuda y mi sostén. Ella lo ha hecho todo. Yo poco valgo...

—Exagera usted, en su modestia; pero en una cosa no le falta razón: vivieron ustedes siempre sobre aviso y, llegado el momento, la senda se ofreció, si no exenta de espinas, libre de maraña. No hubo más que seguirla con decisión y valor. En cambio a nosotros... ¡Cuán ciegos y desprevenidos nos ha tomado la catástrofe!

—No hay por qué desesperar. Es usted fuerte, capaz y joven aún, Altúnez...

—¿Lo cree usted así? Yo, en cambio me siento viejo y desalentado. Quizá hay algo... sí no hay duda, mis fuerzas se duplicarían obteniendo lo que tan ardientemente deseo.

—¿Qué? — preguntó ella valerosamente, pues sentía desde largo tiempo atrás venir la confesión y prefirió precipitarla.

—¡Su amor! — contestó Altúnez casi bruscamente, volviendo a tomar la manecita que pugnaba ahora por desasirse. — No me rechace, María Victoria;

soy un soñador estéril, como dice bien Magdalena y nada puedo ofrecerle... ¡Nada! ¡Pero, la quiero tanto! No me rechace...

—Yo no lo rechazo... ¡Pobre amigo!

—Pobre amigo... ¿No tiene una expresión más dulce para mí?

—Yo no sé si lo quiero con amor; — contestó la joven, roja y confusa — siento por usted profunda simpatía, eso sí; pero aunque lo amara no quiero ligarlo a mí por compromiso alguno. Para la lucha que va usted a emprender es mejor que tenga el corazón libre. Su prometida sólo sería una cadena y una preocupación más.

—Disculpas, María Victoria. Confiese lealmente que no soy de su agrado o que tiene miedo de unir su destino al mío.

—¿Miedo yo? — y María Victoria se irguió con la mirada brillante —. ¿Miedo a qué? ¿A la pobreza sin duda? ¡Pero si yo soy pobre y me considero completamente feliz, amigo mío! ¿Temer al porvenir los que tienen salud, inteligencia y voluntad? ¡Oh, no!... Si fuera usted libre, lo aceptaría desde este momento mismo; lucharíamos juntos y créame... venceríamos. Pero usted se debe por entero y en esta hora a los suyos. Si algún día lo relevan de este cargo, venga a mí: me encontrará.

—¿Es promesa seria o dictada por su compasión?

—Promesa seria.

—¿No seré demasiado viejo entonces? ¡Es usted tan joven! Además, no puedo consentir en ese sacrificio de su belleza, de los mejores años de su vida a un porvenir tan obscuro, tan incierto. Puede usted hallar un marido cien veces superior a mí.

—Yo no he pensado nunca en el matrimonio. Las pobres muchachas como yo no se casan fácilmente. Y menos cuando sólo lo harían por amor.

—¿Y si no llego a ser libre nunca?

—Nada habrá cambiado en mi vida, pues, ya se lo he dicho, jamás se me ha ocurrido la idea de casarme... Seguiremos siendo amigos.

Pancho la miró conmovido hasta el fondo del alma por aquel sacrificio al que ella no parecía dar su verdadero valor. Siempre había de recordarla tal como la vió aquella tarde, emocionada, palpitante, pero resuelta y segura de sí misma. El habló al fin.

—Conservo mi esperanza entonces... ¿Por ahora, solo amigos?

—¡Amigos! — contestó ella. Su confusión desapareció, tendióle la mano, sonriendo francamente y como él no pudiera resistir a la tentación de besársela, lo amenazó con ademán amistoso y le hizo esta última recomendación:

—No olvide que, para todos... para todos, sin excepción, esto es un secreto.

—¿Aún para nuestras madres?

—Aún para ellas; esto me duele, lo confieso; pero no las inquietemos con el pensamiento de nuestro porvenir.

Se había entrado el sol y la tarde se ponía demasiado fresca. Los jóvenes se levantaron para entrar en la casa, donde, sin duda intencionalmente se demoraba la traviesa Chichí.

La encontraron por el camino.

—¿He tardado mucho? Veo que se han impacientado esperándome... ¿De qué han hablado? — preguntó maliciosamente la niña.

—De cosas absolutamente serias — contestó Pancho, mientras María Victoria buscaba en vano una respuesta.

—¡Se les conoce en la cara!

—Creo que ahora me darás permiso para irme, ¿no? — preguntó María Victoria, que estaba en ascuas, inclinándose sobre un cantero de violetas y arrancando algunas para disimular su turbación.

—¡Cómo no! Pero deja esas pobres violetas que nada te han hecho para que las destroces así. Pancho va a ofrecerte un ramo... (el aludido se precipitó). Te permito ir con tal que vengas mañana para dar la lección que hoy perdimos.

—Por culpa tuya. Te encontré entretenida con un espeluznante novelón en vez de estudiar.

—Es cierto, tienes que perdonarme. Voy creyendo que soy demasiado vieja para aprender, María Victoria.

—Demasiado niña, es lo que eres. ¡Vamos! No te desalientes. ¡Estudia y buen ánimo! ¡Hasta mañana!

Besáronse las jóvenes y Pancho después de ofrecerle las violetas que ella prendió en su pecho, estrechó largamente la mano de su extraña prometida.

—No te podrás quejar de mí, ¿eh? — dijo María Luisa a su hermano, cuando la joven hubo partido.

—¿Qué es lo que tú supones, cabecita loca?

—¿Quieres que te regalen el oído? Que María Victoria y tú se quieren. ¡Vaya!

—¿Y qué es lo que te hace suponer tal cosa?

Chichí se encogió de hombros.

—¡Se necesitará mucha penetración para adivinarlo! No hay más que observarlos cuando están juntos... No hacen otra cosa que mirarse embobados.

—Lo dirás por mí... En cuanto a ella, no creo que se haya tomado el trabajo de mirarme jamás — dijo Pancho que, puerilmente, buscaba una confirmación de sus esperanzas.

—¡Oh! también ella te mira, cuando cree que nadie la ve.

Pancho hubiera de buena gana abrazado a Chichí; pero esto era vender su secreto. Se limitó a decir con aire de satisfacción:

—De modo que tú crees que nos queremos... Y bien, quizás no te equivoques; pero ni ella ni yo tenemos tiempo para pensar en el amor.

—Pues son ustedes unos reverendos tontos. Yo lo dejaría todo... todo por el amor.

—A tu edad, la vida es una novela, Chichí.

—Pues María Victoria no es mucho más vieja que yo.

—La ha madurado, como te madurará a tí, la desgracia...

## VI

En la playa de Ramírez, los tres hijos mayores de Magdalena, después de fabricar una gran montaña de arena para que sirviera de asiento a su madre, se habían descalzado y hacía más de dos horas que retozaban como corderitos, ora hundiendo las piernas, blancas y regordetas, en el suelo movedizo, bien revolcándose hasta llenar de arena los rizos rubios, ya aproximándose a la orilla y mojando los pies desnudos, que enseguida retiraban con pequeños chillidos nerviosos al constatar la frialdad del agua.

La temporada de baños no se había inaugurado aún, pero las hermosas tardes primaverales hacían ya acudir bastante gente a las playas; madres jóvenes especialmente, ansiosas de dejar sus casas de la ciudad en busca de las brisas marinas para sus pequeños.

Impaciente y nerviosa desde hacía largo rato, Mag-

dalena fijó sus miradas en el sol que, próximo a desaparecer, confundía el cielo y el río en un mismo e intenso resplandor.

La playa había quedado ya casi solitaria; aquí y allá, sobre la arena, limpia y brillante, un castillo en miniatura, una fortaleza a medio concluir, una montaña casi deshecha, daban la sensación de un pequeño y fantástico mundo muerto al que las olas, cada vez más picadas por la brisa, entonaban plañidera elegía.

Magdalena tuvo un ligero estremecimiento y envolvió en torno de su cuello desnudo el largo velo de gasa de su sombrero. Luego llamó a sus hijos.

—¡Vamos, chicos! Es tarde y está haciendo frío.

Los niños, que se entretenían en deshacer las pacientes construcciones de sus compañeros y en tirarse puñados de arena al rostro, no le hicieron el menor caso. La joven se levantó y, con gesto malhumorado se disponía a ir en su busca cuando una silueta masculina que ella conocía bien se perfiló a su lado.

—¡Buenas tardes, Magda! — dijo la voz grave y simpática de Pedro Muriel.—Le pido mil perdones por haberla hecho esperar. Me he apurado todo lo posible; pero aún así, por no faltar a mi palabra de venir, quedaron dos de mis enfermos sin atender. Si empeoran a usted lo deberán.

—¿Ahora va a cargar mi conciencia con tal remordimiento? — preguntó Magdalena sonriendo y olvidada ya de su enojo anterior.—Para eso más valiera no haber venido.

—Es que, en realidad no podía diferir más tiempo lo que deseo decirle, es decir, "repetirle", porque en nada ha de diferenciarse de lo que ya le dije una vez. Si le pedí esta entrevista a solas es porque usted, aunque me ha dejado concebir esperanzas, parece esquivar siempre mi declaración formal. Y yo quiero estar bien seguro de sus sentimientos antes de solicitar su mano.

El rostro de Magdalena se puso pálido y ansioso; pareció que, como decía Pedro, tuviera empeño en retardar el momento decisivo. Contestó turbada:

—Hace frío aquí. Vamos hasta el Parque y allí hablaremos largamente. Porque yo también tengo muchas cosas que decirle, Pedro...

—¿Quiere hacerme sufrir aún unos instantes? ¡Sea! La reconozco en ese rasgo, Magdalena — dijo Pedro sonriendo, porque ni por un momento supuso que la respuesta pudiera ser desfavorable a su pedido y sólo pensó que la joven continuaba siendo tan coqueta como diez años atrás. Sin contestarle, como absorta en sus pensamientos, Magdalena aprovechó la circunstancia de haber venido los niños a saludar a su gran amigo Pedro para ponerles me-

dias y zapatos; tarea en que la ayudó Muriel, torpemente, pero con la mejor voluntad.

Ella lo miraba hacer conmovida... Por un instante pensó si la verdadera felicidad no estaría allí, junto a aquel hombre bueno y leal, que tanto la había querido siempre y al que ahora estaba ella segura de amar. Pero el demonio de ambición que se había apoderado de su alma, ahogó con potente brazo aquel buen impulso.

Pálida siempre, pero ya dueña de sí misma, echó a andar detrás de sus hijas, seguida por Pedro Muriel que llevaba a Paquito de la mano; parecían un joven matrimonio, una pareja encantadora y feliz.

—¿No la molesta que nos vean así, juntos, Magda? — preguntó Pedro Muriel.

—¿Y por qué ha de molestarme? ¿No somos libres uno y otro? ¿No estamos a punto de cometer la locura de casarnos?

—¡Locura!... ¿Califica usted así lo que yo considero dicha suprema? Quiero creer que bromea, Magdalena...

Ella se echó a reir con risa forzada y como en aquel momento se dispusieran a cruzar la calle que separa el parque de la playa, llamó a Laura y a Julieta para tomarlas de la mano, lo que la evitó contestar.

Llegaban en ese momento hasta ellos los sonidos

armoniosos de la orquesta del Parque Hotel, ya brillantemente iluminado y frente al cual se estacionaba una fila de automóviles de lujo.

Magdalena extendió su brazo hacia el hermoso edificio.

—Mire, — dijo — ningún sitio mejor que este para apreciar la desigualdad social, la injusticia del destino. Allí los ricos, los que sólo tienen que alargar la mano para obtener lo que desean. Aquí nosotros, es decir, una clase aún más desdichada que el pueblo, la clase media, el moderno Tántalo que *ve* y no *toca;* que alcanza con la cabeza el cielo y con los pies el infierno...

—¡Pero Magdalena!—exclamó dolorosamente impresionado por el amargo acento de la amada. —¿Cree usted que en una holgada medianía no puede existir felicidad? Si piensa así, mucho temo que no quiera unirse a un hombre que sólo una posición poco brillante, aunque honrosa y sólida, puede ofrecerle.

—De eso precisamente vamos a hablar, Pedro Vamos hasta aquel banco y nos sentaremos.

Habían llegado a un lugar del parque poco iluminado, al abrigo de miradas indiscretas.

—Jueguen un rato por ahí, sin alejarse mucho — dijo Magdalena a los niños que no esperaron que concluyera de hablar para echarse a correr.

Luego se volvió a Pedro que, presa de dolorosa ansiedad no se atrevía a hablar y esperaba que ella se explicara. Así lo hizo Magdalena, con voz al principio ligeramente trémula, pero que se fué afirmando por momentos.

—¡Es tan difícil lo que tengo que decirle, mi buen amigo!... Quisiera que usted me comprendiera y me ayudara. Pero ante todo, para compensarlo de la decepción que luego puedan causarle mis palabras, voy a hacerle una confesión sincera y leal: lo amo.

—¿Si me ama, qué puede después decirme que me cause pena?... Soy tan dicho con esas dos palabras que nada más quiero oir, Magda...

—¿De veras? ¿Se conformaría usted con mi amor, *solo* con mi amor, sin exigir más?

—Entendámonos: puesto que me ama y la amo aspiro, naturalmente, a que sea mi esposa.

Ella lo miró fijamente, con sus grandes ojos de fuego.

—¡Nunca será su esposa, Pedro! — exclamó.

—¿Pero por qué, Dios mío, por qué?

—Porque los dos somos pobres, porque yo tengo además cuatro hijos y una mujer en tales condiciones sería tremenda carga para un hombre que recién inicia su carrera; porque lo quiero demasiado para ser la piedra colocada en su camino, Pedro...

El la interrumpió violentamente:

—¡No diga tales cosas! ¡No quiero oirlas! ¿Qué le importa a usted nada de eso? ¿Si yo elijo mi suerte y me considero infinitamente feliz con ella, por qué sería usted más exigente que yo?

—Eso dice, eso cree ahora; pero más tarde se arrepentiría. Tiene usted ya una familia a su cargo. ¿Habría yo, desde el principio de nuestro matrimonio de agraciarle con otra? No, no me casaré con usted aunque lo quiero como no quise nunca, aunque ese matrimonio sería la realización de mi más hermoso sueño...

—¡Cállese, que eso no es cierto! No me quiere, como no me quiso nunca. El verdadero amor no razona tanto. Es usted la coqueta de siempre, más cruel ahora porque pretende hacerme creer en su amor.

—¿Quiere usted una prueba de él?

—¿Y qué prueba puede darme la que se niega a ser mía?

Magdalena se levantó bruscamente. Un resto de pudor encendió con llamarada violenta su semblante al pronunciar en voz baja, pero sin extremecerse, estas increíbles palabras:

—Me niego a casarme con usted; pero a ser *suya* no.

Pedro se levantó también pálido como un muerto, presa de un asombro o indignación tan violenta que

no le permitió medir todo el alcance de sus palabras.

—¡ Miserable criatura! — exclamó.

Ella pareció encogerse toda, sucesivamente pálida y roja ante el insulto.

—¿ Porque lo ofrezco todo sin exigir nada? Tiene razón: no es esto lo común y quizá sería usted el perjudicado. ¡ Adiós y gracias, Pedro!

Conteniendo por orgullo las lágrimas que asomaban a sus ojos, Magdalena llamó a sus hijos y se dispuso a alejarse; pero él la detuvo.

—¡ Por Dios, no se vaya así! Yo soy el único miserable, pues la he insultado. Pero usted me enloquece, Magdalena... ¿Qué clase de mujer es?

—Una mujer que lo quiere, sencillamente.

—¡ Pero si yo la respeto tanto como la amo! ¡ Si no podría ser feliz más que viéndola dueña de mi hogar, como la ví siempre desde mis primeros sueños de adolescente! ¿ Además, ha pensado usted siquiera en sus hijos al hablar así?

—Ellos ignorarán siempre esta única falta que el amor hizo cometer a su madre y en cambio yo les prepararé un porvenir mejor.

Dijo las últimas palabras maquinalmente, sin medir su alcance, pero Muriel las cogió al vuelo.

—Casándose con un hombre de fortuna, ¿no? ¿ Tiene ya el candidato? — preguntó con ironía glacial.

Comprendió ella que había dicho más de lo que deseaba y contestó con acento cansado:

—No sé... No pienso en mí en estos momentos. ¿Pero a qué prolongar esta entrevista tan penosa?... ¡Adiós!

—¡Adiós! — repitió Pedro débilmente, sin hacer esta vez un solo movimiento para detenerla. Permaneció como clavado en el suelo mirando la hermosa silueta que se alejaba.

Sin duda había cumplido con su deber de hombre honrado ante la locura de Magdalena, la hermana de su mejor amigo, el sueño casto de su juventud. Pero la pasión le mordía el alma y se sentía quijotescamente ridículo al renunciar así a la hermosa mujer que le amaba y se le ofrecía. No, no había procedido como un hombre honrado sino como un villano y, lo que era peor aún, como un idiota. La idea de que Magdalena sentiría en su mejilla como un hierro candente la ofensa más dura que un hombre pudiera infligir a una mujer, le fué insoportable. Sintió un deseo loco de volver a verla, de no separarse de ella hasta obtener su perdón. Parecióle que Magdalena era realmente el ser de abnegación que lo sacrificaba todo, honor y porvenir, por no ser obstáculo en la vida del hombre amado. ¡Y él la dejaba ir así, agraviada, en lugar de agradecerle de rodillas el don que desinteresada y ge-

nerosamente le hacía de todo su ser! Maquinalmente y mientras estos pensamientos se sucedían vertiginosos en su cerebro, Muriel había echado a correr, con la esperanza de alcanzar a Magdalena, que se había perdido ya de vista. Lo consiguió en momentos en que ella se disponía a tomar un tranvía.

—¡Un instante, Magdalena, se lo suplico! — dijo ansiosamente —. ¿No podría usted ser generosa hasta el punto de perdonar mi grosería y mi estupidez?

Por los ojos de la mujer pasó un destello de triunfo, pero contestó con acento grave y triste:

—Ya lo he perdonado, Pedro. ¿Acaso no olvidó usted mis faltas de otro tiempo? Crea que no le guardo el menor rencor por haberme... despreciado.

—¡Qué miserable y ridículo he sido, Magdalena! ¿Si le ofrezco ser su esclavo toda la vida, no será suficiente para reparar mi falta?

Ella sonrió, porque comprendió que estaba vencido.

—¡Oh! No exijo tanto. Me basta con que me quiera como yo lo quiero.

—Más, Magda, mucho más. Y créame que si me atrevo a aceptarla así, si no renuncio a la dicha que tan generosamente me ofrece, es porque espero vencer su inconcebible obstinación y que más tarde me hará el honor de ser mi esposa.

—¡Pero que fatuo es usted! ¿Quién le ha dicho que yo no he cambiado de idea? ¿Y si me negara ahora?

—Sería un justo castigo que sufriría desesperado, pero sin protestar.

—No se lo impondré, Pedro. Yo quiero que sea dichoso por todo el mal que en otro tiempo le causé. Y ahora separémonos. Esta entrevista... tantas emociones me han quebrantado. Déjeme, que necesito un poco de calma.

—¿Me prohibe, pues, acompañarla?

—Sí, es la única penitencia que le impongo; pero — añadió con una sonrisa llena de promesas — nos veremos mañana en este mismo sitio, si usted quiere. Vendré sola.

Cambiaron algunas palabras más para combinar hora y lugar de la cita y luego Magda subió al tranvía, acompañada por los niños, cuyas puras frentes, Pedro, presa de una turbación extraña, no se atrevió a besar. Desde la ventanilla, Magda saludó al hombre a quien podía considerar ya como su amante con ademán amistoso.

El permaneció largo tiempo absorto, sin discernir si era goce o sufrimiento lo que sentía, dudando si todo aquello que acababa de sucederle, tan distinto de lo que él imaginara era sueño o realidad...

Y fué así que la vida de Pedro Muriel sufrió un

cambio tan completo como si un arroyuelo manso y límpido se hubiera transformado por obra de un cataclismo, en torrente impetuoso, de aguas turbias por el lodo que arrastran a su paso.

Ya no existieron para él los dulces y castos goces de la ciencia y de la familia que hasta entonces fueran su único culto. Huía del hogar, protextando ante los suyos, asombrados y entristecidos, nuevas y crecientes exigencias de su profesión, no tanto por encontrarse con su amante que, a fin de no despertar sospechas, sólo le concedía contadas entrevistas, sino porque no podía soportar la honrada mirada de su madre ni las bromas y risas inocentes de sus hermanas.

Huía avergonzado de Pancho, cuando el azar lo ponía en su camino y, bajo pretexto de cortar la naciente simpatía entre Rosita y Quico, prohibió a sus hermanas toda relación con los Altúnez. Y luego se sintió furioso contra sí mismo, no sólo por la pena que causaba a sus hermanas sino a Chichí, que se había aficionado mucho a ellas y no era responsable de los actos de Magdalena.

¿Y su amor? ¿Compensábale de la pérdida de su tranquilidad? ¡Ay, y ero esto lo más triste, no! Pasadas las primeras embriagueces, Magdalena empezó a inspirarle hastío y repulsión crecientes. Ya no estaba ciego y leía claramente en el fondo de aque-

lla alma fría y ambiciosa, no obstante la real pasión que él le inspiraba. Sospechaba — y ciertos rumores se lo confirmaron bien pronto —, que Magdalena había rehusado ser su esposa menos por él que por ella, porque ambicionaba casarse con un hombre de fortuna.

Una y otra vez, por deber solamente, puesto que el amor había muerto, insistió para que se casaran; pero Magdalena se mostró firme en su negativa, lo que causaba en Pedro, a la vez que un dolor por ver prolongarse aquella situación equívoca, cierto alivio al pensar que su amante no entraría con el sagrado título de esposa en el honrado hogar de sus mayores.

Para justificar sus salidas y bajo pretexto de contribuir en algo a los gastos del hogar, Magdalena se había ingeniado para conseguir algunas lecciones de piano y como Pancho, que era el único a quien podía ocurrírsele vigilarla estaba agobiado de tarea y tenía además confianza absoluta en la honradez de sus hermanas, las relaciones se deslizaban para la principal culpable sin mayores zozobras.

Siempre despreocupada y sonriente, sin la menor sombra de pesar o de arrepentimiento, llegaba al nido oculto y coquetón que Pedro había preparado, sacrificando sus ahorros. El la esperaba, nervioso y triste, deseando que un buen día no apareciera más

e impacientándose sin embargo si tardaba. Muchas veces las entrevistas estaban lejos de ser plácidas; el descontento, el cansancio de Pedro se traslucía en ellas y Magdalena que lo adivinaba y no quería perder como amante al hombre que rehusara por marido desplegaba todos los sabios recursos de su coquetería para retenerlo. Y lo conseguía siempre, victoriosa la carne sobre el espíritu, el placer sobre el remordimiento.

Un día, la crisis presentida estalló al fin. Fué al significarle terminantemente Magdalena a Muriel su intención de casarse, más tarde o más temprano, con otro. El la oyó como si no esperara la noticia, como si no la hubiera, más de una vez, secretamente deseado. De sus labios que jamás pronunciaran más que palabras de bondad y de ternura salieron para la amante, injurias atroces y sus manos se alzaron crispadas en un violento deseo de aniquilarla.

Pálida, pero tranquila, declaróle Magdalena que, puesto que lo tomaba así, era aquella la última vez que se veían. Y entonces él, presa de un sentimiento inexplicable, volvió a humillarse, a pedir un perdón que le fué prontamente concedido. Unidos en casto abrazo, lloraron juntos y, por un momento, pareció que el amor iba a quedar victorioso de todas las pequeñas miserias que los separaban. Pedro insistió sinceramente para que legalizaran sus relaciones y

Magdalena prometió reflexionar. Pero ambos se separaron con el presentimiento de que ya no volverían a encontrarse en la vida...

## VII

Dos días después, concluída la visita a su último enfermo, Pedro Muriel, presa de un gran cansancio físico y moral, subió al modesto auto que alquilaba por mes, puesto que sus recursos no le permitían tener aún coche propio.

Era el día convenido para entrevistarse con Magdalena y saber su resolución definitiva: es decir, el casamiento o la ruptura.

Antes de dar la dirección al chauffeur, Muriel tuvo un momento de vacilación. Tenía el presentimiento de que Magdalena no acudiría a la cita y sobre todo estaba seguro de que no llegarían a entenderse. Pensó en no ir él, pero luego le pareció que aquello sería obrar poco caballerosamente. Mientras no partiera de ella la ruptura él seguiría atado a aquella pasión que ora lo embriagaba con acre deleite, ora le pesaba como una barra de grillos. Habiendo una probabilidad de que Magdalena acudiera, él, Pedro, no podía faltar.

Cuando llegó era noche ya y en la casa, una pequeña propiedad aislada en las inmediaciones del Paso del Molino, no se veía luz... ¡Magdalena no estaba! Sabiendo que había pasado con mucho la hora de la cita y que generalmente era ella la primera en acudir, dedujo que ya no iría y experimentó una serie de sensaciones en las que, confundido el dolor por la pérdida de la mujer y el alivio por su propia liberación, no alcanzaba a discernir dónde concluía el uno para empezar el otro.

Después de despedir al chauffeur, Pedro penetró en la casa. Quería aguardar un rato aún, contra toda esperanza, y sobre todo contemplar una vez más el nido de sus breves y tempestuosos amores antes de abandonarlo para siempre.

Dió luz y recorrió lentamente la casita, que se abarcaba con una sola mirada, pues sólo constaba de tres habitaciones que Pedro, en la medida de sus modestos recursos, había alhajado con elegancia y buen gusto. Presa no sabía si del temor o del deseo fué varias veces hasta la puerta, escudriñó la calle solitaria, llena de sombra... ¡Nada! Magdalena no volvería más...

Volvió a entrar, cerró la puerta y dirigióse al comedor, sentándose pensativo frente a la mesa donde más de una vez hicieran Magdalena y él, riendo locamente, una comida improvisada.

Estaba todo allí como la última vez lo dejaran. Cubierta la mesa con un mantel de encaje y en el centro, en búcaro de cristal, un soberbio ramo de rosas rojas, que se inclinaban mustias ya, dejando caer uno a uno sus pétalos.

La mujer que venía diariamente a hacer la limpieza tenía orden de no tocar las flores que Pedro enviaba y Magdalena, aguardándole, se entretenía en arreglar, distribuyéndolas por doquiera según su caprichosa fantasía. Aquel día Pedro no había pensado en mandarlas, como presintiendo que nadie habría de arreglarlas ya.

Mirando las rosas, Pedro recordó conmovido cosas pueriles... Un día, al principio de sus amores, en que halló a Magdalena inútilmente afanada en quitarse una espina que se había hundido profundamente en uno de sus dedos. Y como él, experto ci rujano, cuyo pulso no temblaba en las operaciones más cruentas, hizo sufrir a la paciente en aquella tan simple de quitar una espina, tal era su torpeza ocasionada por el temor de lacerar aquella carne, todavía tan querida...

¿Cómo pudo morir tan pronto aquel amor que él juzgara imperecedero? ¿Cómo habiendo podido vivir tantos años sin esperanza se extinguió, a penas satisfecho, hasta el punto de que Pedro se preguntaba si había existido jamás? ¿Sería que solo con-

sistió en una ilusión de los sentidos, en que el alma se mantuvo siempre ausente, disgustada más bien?... ¿Y entonces, por qué sufría al recuerdo de la mujer, él que no concebía la pasión tumultuosa y pensaba que cuando las almas no se comprenden, el instinto que basta a las bestias, no es suficiente para dar al humano felicidad?...

Quizá el dolor de Pedro estaba hecho de vergüenza y remordimiento, tanto como de humillación. Sentíase traidor a la amistad de Pancho, al ideal de su juventud. Sufría por el daño que le parecía haber causado, aunque ella así lo quiso, a Magdalena. Si ella se hubiera presentado en aquel momento, aun convencido de que no la amaba ni la estimaba siquiera, es seguro de que hubiese caído a sus pies para ofrecerle una vez más su nombre. Alma extraña, de una delicadeza casi mística, pero desprovista de la fortaleza que plasma los santos, Muriel hubiera remachado sin vacilación y en un momento de quijotesca caballerosidad la cadena de su propio infortunio.

Pero Magdalena no vino. Asustada por la violencia de aquel hombre, a quien juzgara débil y tímido, temió que sus relaciones con él se convirtieran en serio obstáculo para ciertos planes, ya claramente diseñados en su mente ambiciosa. Capaz de estrujar su corazón hasta romperle, amándole aún, cuanto

le era posible amar, decidió no verle más.

Pedro la aguardó todavía unas horas, inmóvil, sin querer convencerse aún de que todo había concluído Pero un lindo reloj de ónix, que muchas veces había señalado para los amantes la hora de la separación, dió las nueve. Muriel se extremeció como si aquellos sones tan conocidos señalaran la agonía de su proceso pasional. Tenía la boca seca, pastosa y amarga, efecto quizá de su falta de alimento pues no había probado bocado desde hacía muchas horas

Deseoso de reparar su desfallecimiento fué hasta el aparador y tomó de uno de los estantes una botella de Oporto. Y el que jamás bebía, apuró copa tras copa, en un ansia de olvido, hasta que un principio de embriaguez, unida al dolor y al cansancio lo rindió. Quedóse dormido con la cabeza apoyada sobre la mesa, donde seguían cayendo, con crugido leve, los pétalos de rosa, hasta formar un sudario rojo, sobre la nieve del metal de encaje...

Despertó algunas horas más tarde, asombrado de verse allí. Eran las tres de la mañana y pensó que su madre, que jamás se dormía antes de oir la llave del hijo en la cerradura, estaría presa de angustia mortal. Sabiendo que no entraba en los hábitos de Pedro el trasnochar, lo creería víctima de un accidente.

Se levantó Muriel con presteza a este pensamien-

to. Aquellas horas de descanso habían fortalecido sus nervios y emprendió valerosamente a pie el largo trayecto hasta su domicilio, sin otro pensamiento que calmar la inquietud de su madre.

Cuando llegó a su casa amanecía. Encontró a su madre esperándole en la puerta, pronta para salir, si la inexplicable ausencia del hijo se prolongaba.

—¡ Perdón, mamá ! ¡ No lo haré más, te lo juro ! — gimió Pedro como si fuera una criatura, bajo los besos delirantes de la anciana que lo llevaba hacia la luz para espiar en el rostro adorado las huellas del dolor o del vicio Pero las facciones de Pedro reflejaban, por el contrario, una serenidad [redacted] dulce que hacía tiempo no se veía en ellas.

—Ahora seré el mismo de antes... Viviré solo para tí, para ustedes. Todo, todo ha concluído — prosiguió Pedro devolviendo caricia por caricia.

Sin preguntarle qué era lo "que había concluído", la madre lo llevó a su dormitorio y lo obligó a acostarse. Y bajo la mirada maternal, Muriel se durmió con tranquilo sueño de niño a la misma hora en que Magdalena se levantaba con los ojos enrojecidos por el insomnio y al mirarse al espejo se asombraba de los estragos que habían hecho en su belleza aquellas horas de lucha.

La sonrisa buena que el amor pusiera por breves meess en su rostro había desaparecido, probable-

mente para siempre. Sus facciones tenían la resolución de dureza implacable de los que desafían al destino...

## VIII

DADAS las cuatro, los discípulos de María Victoria se dispersaron como una bandada de pajaritos en libertad y la joven, según tenía por costumbre, permaneció unos instantes en la puerta vigilándolos.

Desde hacía unos meses sentíase oprimida por vaga tristeza cada vez que fijaba sus miradas en la quinta vecina, donde por más de dos años había visto aparecer casi diariamente las figuras juveniles de Chichí y Quico, las encantadoras de los niños, la arrogante de Magdalena o el rostro pensativo y simpático de Pancho Altúnez.

Parecían los actuales propietarios (de los que no tenía más informes que los pocos favorables suministrados por Pancho) gente muy rica. Durante tres días habían estado llegando muebles lujosísimos, en cantidad tal que la joven, conocedora de la casa, más hermosa que grande, no pudo menos que preguntarse dónde irían a ponerlos.

Paul y Colette salían casi diariamente en automó-

vil — una máquina de gran riqueza — pero don Nicolás o don Nicola, como le llamaba Pancho, no debía ser aficionado a tales paseos porque los acompañaba muy rara vez. En cambio, conforme veía partir a sus hijos, transportaba por sí mismo un sillón al jardín, se repantigaba cómodamente y, después de mirar a todos lados, como temeroso de una sorpresa, extraía de las profundidades de su bolsillo tabaco y una pipa enorme... Seguro ya de que nadie lo observaba, encendíala con expresión beatífica y fumaba... fumaba, sin descanso, envuelto en espirales de humo denso y apestoso. Visto así no tenía nada de ridículo: su aspecto era el vulgarmente simpático de un trabajador que disfruta de su bien ganado reposo; pero, las pocas veces que salía, vestido con un traje de irreprochable hechura, parecían más cortas sus piernas y más prominente su abdomen; a mal traer los pies enormes dentro del botín charolado, congestionado el rostro por la altura del cuello y cruelmente oprimidas las manos por el infaltable guante. Por lo demás, el aspecto contrariado y encogido del pobre hombre decía bien claro que una voluntad que no era la suya lo obligaba, bien a su pesar, a endosarse aquellas incómodas prendas.

Colette no era mal parecida; pero sus formas, demasiado exuberantes a los veinticinco años, pro-

metían la obesidad a los treinta; abusaba de las modas extravagantes, de los colores llamativos, se cubría de alhajas, sombreaba exageradamente sus ojos negros, que hubieran sido hermosos sin este artificio, se teñía el cabello de un rubio inverosímil y era fama que, no obstante su excelente apetito, se imponía dietas feroces para no engordar.

Siempre peinado, pulido y bien oliente, como si acabara de salir de la peluquería, de figura casi tan vasta y vulgar como su padre y aún más exagerado cultor de la moda que su hermana, era Paul el más desgradable y ridículo de los tres.

Don Nicolás saludaba a sus vecinas del colegio; pero ni Paul ni Colette se dignaban hacerlo, aunque el primero favorecía a María Victoria con la más lánguida y atrevida de sus miradas. Fingía no advertirlo la joven y se reía un poco del trío "De Fazzoli", especialmente de Paul, a quien había apodado, con inocente malicia "el figurín del barrio".

Aquella tarde, como otras, el lujoso auto esperaba frente a la quinta y María Victoria, aparentando vigilar a sus chicos, demoraba la estada en la puerta...

En su vida un tanto monótona, servíale de diversión aquella original familia: la aparatosa salida de los hermanos, el desdeñoso gesto de Colette que fingía no advertir la presencia de su vecina, por no ver-

se, sin duda, obligada a saludarla, la insolente admiración de Paul y, sobre todo el aire de alivio de don Nicola al ver partir a sus vástagos.

Pero aquel día solo apareció Paul; Colette tenía sin duda visitas, pues María Victoria veía entre el follaje las manchas blancas de dos vestiditos que, sin saber por qué le recordaron a las hijas de Magdalena y le arrancaron un suspiro.

Decididamente el pobre don Nicola se quedaba aquella tarde sin fumar su pipa.

Ya el último chiquillo se había perdido a lo lejos y María Victoria disponíase a entrar cuando vió descender del tranvía a alguien a quien no esperaba, aunque quizá ocupara su pensamiento: Pancho Altúnez.

Dirigióse el joven directamente a ella, no sin fijar una mirada celosa en el auto que partía, gallardo y bullanguero. Impulsivamente, muy pálido, casi sin saludarla, le preguntó:

—¿Por qué la mira así ese imbécil?

—Usted lo ha dicho: porque es un imbécil. Pero me permito advertirle, Altúnez, que nuestra amistad no lo autoriza a interpelarme así.

—Perdone: he sido un grosero. Nuestra *amistad* no me autoriza a ser celoso, es lo que quiere decir?

—¡Pero si no tiene por qué serlo!... ¿Viene a hacernos una visita?

—Sí... aunque casi me lo ha prohibido usted.

—Yo no le he prohibido venir, de vez en cuando, como amigo. Le rogué que no repitiera tanto sus visitas porque no quiero dar lugar a que comenten nuestras relaciones. Pero de ahí a que no venga usted nunca... Pero entre... entre... Voy a hacer que avisen a mamá.

Entró María Victoria en el salón de clase donde dos chiquillas se ocupaban de ponerlo todo en orden y llamando a una de ellas le dijo:

—Hazme el favor de advertir a mamá que está el señor Altúnez, Carmencita.

Salió corriendo la niña y María Victoria introdujo a Pancho en una salita, de aspecto fresco y coquetón, dentro de su sencillez, y donde aquí y allá algún detalle hablaba de un pasado mejor: junto al diván y los amplios sillones de cretona, azul pálido y malva, una mesita antigua, de pie torneado; más allá una linda butaca de terciopelo; ocupando casi toda una pared una biblioteca de caoba, bien surtida y de severo estilo; en un ángulo el piano, sobre cuya laca brillante se reflejaba, como en un espejo, un bols chinesco, rojo y oro, que sostenía un ramo enorme de margaritas y "bluets"...

—¿Ha tenido miedo de que la vieran hablando conmigo, no? — fueron las primeras palabras de Pancho, después de sentarse.

—¿Miedo a las habladurías del barrio?... ¡Naturalmente!

—No; miedo de que su vecino, el señor Paul "de Fazzoli" pueda creerla mi novia. ¿Sabe que hoy me ha parecido más ridículo que nunca?... Pero ¡bah! ¡Es tan rico!

María Victoria se puso seria.

—Se lo ruego, Francisco, si tiene algún interés en conservar mi estimación, evite bromas y alusiones de ese género. Aunque pobre no consiento que ni usted ni nadie me considere artículo de venta.

El rostro de Altúnez se aclaró.

—Perdone a este necio celoso. Quizá no lo sería si tuviera sobre usted los derechos que el amor otorga.

—El que yo le he concedido vale tanto como cualquier otro. Pero hablemos de cosas serias. ¿Cómo están los suyos? ¿Cómo va su valor?

—¿Mi valor?... Con alzas y bajas, como los valores de bolsa. Los míos regular.

—¿Tienen algún enfermo?

—Mi madre. No enferma, precisamente, pero si presa de un abatimiento que no me augura bueno. La pobre no estaba hecha para tantas preocupaciones como han caído sobre ella. Mi padre, que le llevaba muchos años, la trató siempre como a una niña y habituada a dejarse guiar ciegamente por él, diría-

se que al faltarle su apoyo marcha sin luz y sin brújula en la vida. No obstante el médico opina que no será nada grave; acaso un principio de anemia cerebral, causado por el dolor que le produjo la muerte del que fué siempre su fiel compañero.

—Eso será simplemente, con la ayuda de Dios... ¿Y los demás?

—Buenos. Las niñas recordando siempre a la que fué, desgraciadamente por tan poco tiempo, su maestra y Chichí resentidísima con usted.

—¿Porque no he ido a verla?... No ha sido por falta de deseos. Pero mis tareas no me dejan mucho tiempo y ella bien lo sabe. ¿A que no adivina en qué me ocupo ahora?

—¿Qué se yo? Como no sea en mirar a Paul...

—¿Otra vez?... Mire, Francisco, que no soy muy paciente.

—No me haga caso. Es por el gusto de ver una chispa de indignación en su lindos ojos. Eso me tranquiliza algo. ¡Vamos! No me guarde rencor por mis sonceras y dígame que famosa ocupación es esa.

—Merecería que lo dejara con la curiosidad; pero quiero ser generosa: he reanudado los estudios de piano, interrumpidos por la muerte de mi padre y, dentro de dos años, a más tardar, espero obtener mi título de profesora. Ya ve, malicioso, que el tiempo no puede sobrarme... Con todo gusto robaría, sin

embargo, un rato a mi descanso si pudiera ser útil a su hermana; pero puesto que ya no piensa en estudiar...

—Precisamente por eso teme Chichí haber decaído en su estimación.

—No hay tal cosa. Nadie está obligado a más de lo que puede y desde que el estudio le hacía mal...

Pancho se echó a reir.

—No le crea: son mimos. Chichí no es enferma, un poco débil nada más. ¿Pero cree usted que es más provechoso para su salud pasarse una parte de la noche leyendo novelas y levantarse al día siguiente a las doce? Pues es lo que hace, desde que por la muerte de nuestro padre se ve privada de ir al cine. ¡Pobre Cichí! No tiene ella la culpa. La hemos mimado mucho todos y además no es la indicada para remediar nuestra situación habiendo en la familia hombres que pueden y deben hacerlo. Pero... hablemos de usted. Con que quiere ahora ser profesora de piano? ¡Ambiciosa!

—¿No es, en todo caso, una noble y legítima ambición?

—Sí... ciertamente... pero me parece que me elimina usted de su porvenir o que, por lo menos, no confía en mis aptitudes para hacer frente a las necesidades de la vida.

—¡Al contrario! Confío en usted y quiero poner-

me en condiciones de poder ayudarlo eficazmente algún día.

—¡Y cree usted que yo podría consentirlo!

—¿Por qué no? No es vergonzoso para un hombre que su mujer lo ayude a sostener el hogar cuando los dos trabajan, como lo sería vivir en la holganza y a costa de su fortuna, por ejemplo.

—¡Quizá no le falta razón; pero para mí sería tan triste... tan triste!... ¿Y dígame, dulce Minerva, cree usted que pueda llegar "ese día?".

—¿El de nuestra felicidad?... Sí, lo creo — contestó ella con sencillo fervor.

—Yo no, quizá porque soy, de los dos, el que más lo ansía. Lo veo tan incierto, tan lejano!... Además somos unos insensatos al acariciar tales sueños... Es decir, usted, porque yo nada sacrifico. ¡Ojalá tuviera algo para sacrificar en aras de nuestro amor! Pero, en cambio, usted se inmola y yo no debo consentirlo. Es un monstruoso egoísmo de mi parte y tengo remordimientos crueles, María Victoria.

—Pues bien, voy a aliviarlo de ellos. Viva tranquilo. En cuanto encuentre un hombre que me guste, le prometo aceptarlo. Desde mañana voy a mirar a Paul... ¿Está conforme?

—No... no lo haga — dijo Pancho palideciendo. — ¡Pobre de él! Soy capaz de matarlo.

María Victoria se echó a reir.

—¿No ve? ¿Qué hacer para conformarle entonces? No quiere que me consagre a usted, no quiere que mire a otro...

—Es que yo hablo de su felicidad y ese ser estúpido, pretencioso y vulgar no puede dársela. Preferiría verla mujer de un obrero. Por lo menos, en su rudeza le aportaría un corazón sano.

Con un movimiento de dulce e inocente confianza la joven puso su mano sobre la de Altúnez.

—¡Vamos, Pancho! Tenga confianza en mi lealtad y no se tormente ni me atormente así... Volvamos a nuestro afecto de amigos. Es más dulce que estas agitaciones, ¿no le parece?

—Sí... Perdóneme, por la tercera o cuarta vez. No he hecho otra cosa que mortificarla desde que he llegado. Quizá las preocupaciones que no faltan en mi hogar contribuyen al estado de ánimo en que hoy me hallo. ¿A propósito, no ha visto por aquí a Magdalena?

—¿Por aquí? ¿Y dónde es "por aquí"?

—En casa de los muy ilustres señores "de Fazzoli".

—¿Cómo? ¿Son ustedes amigos? ¿Sus hermanas vienen a la quinta y no se toman la molestia de llegar a saludarnos?... — preguntó con tristeza María Victoria.

—"Mis hermanas" no, "mi hermana" Con pretexto de traer a sus niños paar que tomen aire, Magdalena ha pagado una visita con que nos honraron la señorita Colette y su encantador papá. Como nuestro duelo es todavía demasiado reciente para hacer visitas quizá no habrá querido mostrarse por temor a que la criticara usted.

—Entonces... espere... Sí, deben ser ella y las niñas que están hoy en la quinta.

—¡Cómo! ¿Habrá vuelto? Me disgusta, en verdad, la conducta de Magda.

—¿Teme usted que intente conquistar a Paul o a don Nicola? — preguntó riendo María Victoria.

—Usted lo ha dicho: lo temo.

—Yo no lo creo. A pesar de su carácter algo inquietante me parece que Magdalena tiene demasiado orgullo para rebajarse tanto.

Pancho no contestó; su entrecejo permanecía fruncido y su frente llena de sombras...

—A propósito, — dijo la joven con cierta maliciosa intención, de la que él, preocupado como estaba, no se dió cuenta — ahora que ustedes se relacionan dígame qué le parece la señorita Colette.

—Menos vulgar que su padre y más inteligente que su hermano; — contestó Pancho con ingenuidad — su instinto maravilloso de mujer le ha hecho adaptarse más fácilmente que ellos al medio en que

ahora actúan. Parece instruída y, si fuera más modesta y natural, resultaría pasable.

—¿Ah, sí? ¿Con que es esa su opinión? Pues me parece que ha llegado mi turno de mostrarme celosa

Comprendió Pancho que la travesura de María Victoria le había tendido un lazo en el que había caído como un tonto...

—¿Es su venganza?... Pues sepa, amiguita, que tampoco yo consiento que nadie me considere artículo de venta — contestó con tranquilidad.

—¡Pero es que podría usted quererla! Siendo en lo moral como usted la describe, físicamente es más bien bonita.

—¡Una rubia falsificada! Detesto el género. Por otra parte es refinada crueldad suya decirme tales cosas cuando le consta perfectamente a quien amo...

La llegada de la madre de María Victoria torció el curso demasiado tierno que quizá iba a tomar el diálogo. Sorprendida sin duda, en algún tragín doméstico, la señora de Valdoz había demorado algo para arreglarse en honor de la visita. Saludó con afabilidad a Altúnez y mujer de ingenio y de mundo, supo ser tan amena que el joven, no obstante su decepción por no poder cruzar más palabras a solas con María Victoria, no halló demasiado largas las dos horas que permaneció de visita.

Pensaba en marcharse porque anochecía ya, cuan-

do el ruido de un auto que se detenía en la casa de enfrente lo hizo saltar en su asiento. Aprovechando una distracción de la señora que buscaba unas fotografías para mostrárselas, dijo a María Victoria, con evidente intención de mortificarla, llevado por sus incorregibles celos.

—Ahí regresa su enamorado vecino. No lo prive de verla.

—Mire, Pancho, que voy a concluir por enojarme de veras, si insiste en esa broma.

—¡Oh no, por Dios! Soy ya bastante desgraciado sin eso.

—Piense, se lo ruego, que el que se empeña en creerse desgraciado concluye por serlo de veras.

La señora había encontrado las fotografías y estaban examinándolas, cuando un rumor de voces infantiles llegó hasta ellos y, como un torbellino, hicieron irrupción en la salita, Laura y Julieta.

—Nos manda mamá para que le demos un beso, señorita — dijeron saltando impetuosamente al cuello de María Victoria.

—Ya creía yo que se habían olvidado de mí — dijo la joven devolviéndoles, dulcemente emocionada sus caricias.

Vieron las chiquillas al tío y su júbilo aumentó.

—Tití! ¡Tití! ¿Sabes que nos vamos en auto?

—¿Sí?... ¿Con quién? — preguntó Pancho con desabrido acento.

—Con la señorita Colette y su papá.

Algo desagradable iba a decir Pancho que contuvo la expresiva mirada de María Victoria designándole a su madre.

—¿No viene vuestra mamá a saludarnos? — preguntó la señora de Valdéz.

—Hoy no — dijo Laurita — dice que la disculpen porque se le ha hecho un poco tarde, pero otro día vendrá.

Luego las dos chiquillas se despidieron con ruidosos besos y salieron corriendo como habían entrado. Pancho también se despidió.

Momentos después, oculto entre los árboles del camino, veía partir el auto iluminado, conduciendo la llamativa figura de Colette, la enlutada de Magdalena, la oprimida de don Nicola en su traje de gala y, como única nota grata a su corazón, los vestiditos blancos y los rubios rizos de sus sobrinas.

Para concluir de mortificarlo, tuvo ocasión de ver a Paul parado como un poste en el portón de su quinta, devorando con sus miradas la casita de María Victoria. Felizmente, el no ver asomarse la joven, aunque permaneció en acecho como dos horas. lo tranquilizó algo, librándolo de cometer una barbaridad.

Entretanto los ocupantes del automóvil iban embebidos en sabrosa pláctica... Mientras Colette se entretenía con las niñas haciéndolas charlas sobre algo que la interesaba muchísimo, don Nicola conversaba con Magdalena y, evidentemente halagado por la atención que le concedía siempre aquella mujer tan bella y distinguida, iba expansionándose cada vez más hasta el punto de narrarle en pintoresca jerga ítalo-criolla las peripecias porque pasaba su hogar. Desde la muerte de su pobre mujer, faltaba una cabeza capaz de dirigirlo, pues no había que contar con Colette, demasiado joven y entregada además a las diversiones y a los libros; todo estaba en manos de los criados y aunque él poseía una sólida fortuna, no dejaba de temer por aquel continuo derroche.

—¿Por qué no se casa? — fué la pregunta que acudió a los labios de Magdalena; pero le pareció todavía demasiado pronto para formularla y se limitó a decir que el día que Paul se casara quedarían remediados todos aquellos inconvenientes, lo que motivó una nueva serie de lamentaciones por parte de don Nicola respecto a las calaveradas del hijo, un verdadero tenorio, capaz de enamorar hasta la cocinera, pero no de elegir una joven seria y honesta para hacerla su esposa.

Llegados al domicilio de los Altúnez, descendie-

ron, a instancias de Magdalena, sus acompañantes y, después de introducirlos en la sala, única pieza de la casa que conservaba restos de antiguo esplendor, fué la viuda de Guzmán a prevenir a su madre y a su hermana, regresando enseguida.

Tardaron bastante en aparecer María Luisa y su madre, la primera con un gesto de malhumor y de fastidio que no logró disipar la parlanchina amabilidad de Colette, la segunda con aquel aire absorto que había tenido siempre y se acentuaba más cada vez, dándole aspecto de un ser completamente desprendido de las cosas de la tierra, habitante de un mundo en el que sólo a él es dado penetrar.

La señora de Altúnez no tomaba parte en la conversación que se mantenía bastante penosamente entre Colette y Chichí y más animada entre Magdalena y don Nicola. Nadie extrañó su mutismo, pues era de natural callado; pero de pronto se volvió a Magdalena y le dijo:

—¿Has estado en el Banco, Magda?

—¿En el Banco?... ¿En qué Banco? — preguntó la joven estupefacta.

—En el Londres, como yo te lo había pedido. Sabes muy bien que tenemos que retirar los fondos allí depositados para volver a adquirir nuestra quinta. Puesto que el señor — y señaló a don Nicola — ha

venido, no debemos demorar más en comunicarle nuestra resolución.

Hombre eminentemente práctico, don Nicola prestó atención creyendo que hablaba en serio y entreviendo la posibilidad de un buen negocio; pero Magdalena y Chichí, que sospecharon la verdad, se miraron aterradas.

—¿Qué estás diciendo, mamita? — preguntó la segunda corriendo a ella y abrazándola estrechamente.

—Que tenemos que volver a comprar nuestra quinta, porque tu padre así lo ordena. Acabo de verlo. Todas las noches lo veo y no cesa de repetirme esto mismo. Un gran castigo caerá sobre todos nosotros si no cumplimos su voluntad.

—¡Un médico! — exclamó Magdalena angustiada — Mamá delira...

Y acto continuo se abrazó llorando también a su madre; pero ella, tranquila e impasible, continuaba en su desvarío, esforzándose en consolar a sus hijas, hablándoles de riquezas imaginarias y asegurándoles que muy pronto recobrarían su antiguo bienestar.

Colette, aturdida y asustada, quería irse; pero don Nicola, con una presencia de espíritu, que, justo es reconocerlo, le hacía honor, hizo todo lo posible por tranquilizar a las jóvenes, asegurándoles que

sólo se trataba de un ataque pasajero de nervios. Procuró que llevaran a la enferma a la cama y la hicieran acostar, mientras enviaba a su chauffeur en busca de un médico.

Cuando éste llegó, el aceso había pasado y la viuda de Altúnez contestó a sus preguntas sensatamente, con su voz blanca e inexpresiva de siempre, por lo que el facultativo no dió mayor importancia a la cosa y se marchó después de recetar un calmante.

Don Nicola no quiso irse hasta que Pancho o Quico estuvieran de vuelta; pero el tiempo pasaba y ninguno de los dos aparecía...

Por fin, pasadas ya las nueve, llegó Pancho y lanzó una sorda exclamación de rabia al ver todavía el automóvil de don Nicola parado frente a la puerta de su casa; pero las explicaciones de Chichí, que fué a su encuentro, al producirle penosísima impresión, cambiaron el curso de sus ideas.

Ni siquiera por atención y, no obstante los ruegos de Magdalena, quiso ir a la sala para saludar a los Fazzoli. Un suspiro de alivio se escapó de su pecho, cuando la bocina del auto anunció que partían.

Voló de nuevo el vehículo, rumbo a las afueras de la ciudad. Don Nicola que en cualquier otra ocasión hubiera renegado por aquel contratiempo que

retardaba uno de sus mayores placeres, la buena mesa, ni siquiera pensó en ello. Iba risueño, conversador y entusiasmado. tan entusiasmado que él, hasta entonces rebelde a las exigencias de la moda, en perpetua discusión con sus hijos por ese motivo, habló a Colette de mandarse hacer un nuevo traje, pareciéndole el suyo, por lo mucho que lo había guardado, de corte antiguo y poco elegante. La muchacha que en otra ocasión habría seguramente aplaudido la idea de su padre, mustia ahora, pensativa y malhumorada, ni siquiera le contestó...

## IX

La enfermedad de la señora de Altúnez, después de algunas alternativas favorables, siguió resueltamente su curso hasta transformarse en una verdadera locura, dócil y mansa como lo fuera su razón.

Hicieron los hijos cuanto les fué posible por devolver la luz a aquel pobre cerebro, médicos y tratamientos agotaron los escasos recursos y al fin, no siendo posible prestarle en el hogar los cuidados que su estado requería, tuvieron que pasar por el duro trance de recluírla en el Manicomio.

El valor de Pancho, hasta allí con alzas y bajas, como él mismo decía, bajó del todo, sin esperanzas ya de repuntar. Parecióle que el destino era demasiado cruel, que le prodigaba sus golpes con ensañamiento feroz. Y la inutilidad de la lucha lo rebeló...

Fué alejándose poco a poco de María Victoria.

Avergonzábale llevarle a ella, tan animosa, el espectáculo de su desesperanza, de su aplastamiento moral. Además enterada por la misma joven de las pretensiones de Paul, que había dado en perseguirla con audaces demostraciones de amor, lejos de tomar esta revelación como una prueba de la lealtad de su amada, sintióse presa de atormentadores celos; celos que él mismo calificaba de injustos y ridículos, pero que su espíritu enfermizo y débil no lograba nunca rechazar del todo. Quiso imponerse, obligar a la joven a que se recluyera, pretendiendo que renunciara no sólo a sus inocentes paseos sino a sus estudios. María Victoria, no obstante su carácter dulce, era altiva: rechazó el yugo con que intentaban coartar su libertad de mujer, segura de sí misma y honesta. Como todos los seres incapaces de felonía no comprendía el amor sin una mutua y absoluta confianza. Los celos parecíanle debilidad en quien los siente y ofensa para él que los inspira. Y como allí existía el agravante de que era el presunto rival un ser ridículo, que sólo podía inspirar desprecio o risa a una mujercita como ella, las sospechas de Pancho le parecían más injustas y ofensivas aún.

Esto la hacía sufrir mucho a la vez que sentía como Altúnez iba despojándose a sus ojos de aquella aureola de nobleza y caballerosidad con que

su alma de niña se complaciera en adornarle. Sin dejar de quererle con aquel afecto puro y tranquilo, que no era tal vez amor, lo estimó menos. Pancho lo comprendió y sufrió por ello lo indecible; pero incapaz de un esfuerzo para reconquistar el terreno perdido, sólo se le ocurrió alejarse, alejarse cobardemente cada vez más.

Ya sólo se veían muy de tarde en tarde y de aquellas entrevistas se separaban descontentos, turbados, perdida la mutua fe que antes se profesaban.

Aquella lucha y el sombrío pesimismo de Pancho Altúnez si no lograron obscurecer por completo el alma de María Victoria que, como su persona, parecía tejida con hebras de luz, le robaron algo de su brillo, la "ajaron" por decirlo así. Parecíale a veces a la joven que un soplo helado la envejecía, que habían colocado sobre sus hombros un fardo de insoportable peso. Sus frescos colores desaparecieron y en el fondo de sus pupilas azules, antes tan límpidas, parecía ahora acechar una sombra, siempre pronta a velarlas. Lloraba a veces sin motivo; tenía arrebatos e impaciencias que denotaban en un ser tan bien equilibrado, cierto desarreglo nervioso y su humor, antes tan igual y dulce con los niños, se alteró.

No pasaron inadvertidos estos síntomas para la señora de Valdéz. Inquieta, observaba a María Vic-

toria y, no pudiendo al fin resistir su angustia, la interrogó.

Las [redacted] respuestas evasivas y vagamente tranquilizadoras de la joven, no llevaron seguridad al corazón maternal. ¿Qué podía tener aquella niña, siempre tan sana y sensata? ¿Exceso de trabajo? ¿Pena de amor?...

Ignoraba la señora el extraño compromiso de su hija y Altúnez, aunque algo sospechara en un tiempo de su mutua inclinación. Pero como María Victoria, que tenía en su madre confianza absoluta, nada le dijera y Altúnez seguía, en apariencia, conduciéndose como amigo, no sabía qué pensar.

Era aquel el primer secreto que María Victoria tenía para su madre y su conciencia no dejaba de reprochárselo; pero no quería verla inquietarse por aquel porvenir que ella había aceptado con todo el generoso desprendimiento de la juventud. Sabía que la justa aspiración de su madre era casarla con un hombre de mérito y posición holgada, capaz de protegerla cuando ella no pudiera hacerlo ya. ¿Cómo iba a declararle que se había comprometido moralmente con uno que quizá no podría llamarla su esposa jamás?...

Por amor a su madre, intentó la joven reaccionar de aquella pena que iba minando su alma y amenazaba con alterar su salud. Se entregó con ardor al

estudio de la música y llegó a ser una de las alumnas más aventajadas del conservatorio, al que concurría, contrariando los deseos de Pancho, cuya imaginación enferma veía rivales por todas partes.

Aquella ocupación grata y el trato con jóvenes de su misma edad disiparon los pensamientos tristes de María Victoria. Su madre se felicitó de verla nuevamente en el buen camino, pensando que todo aquello pasaría como una crisis juvenil y volvería a ser su hija la joven alegre, serena y animosa que su exquisito temperamento y la sabia dirección materna prometían.

También, como esas llamaradas que arroja el fuego antes de extinguirse, el valor moral de Pancho Altúnez irradió un último destello. Sin entusiasmo ni fe, como otros menos delicados juegan o beben, volvió a escribir...

# X

CUANDO aún vivía su abuelo, las niñas de Magdalena fueron una vez al teatro. Representábase una obra de su tío Pancho y ellas recordaban perfectamente que antes de quedarse dormidas, es decir, a la mitad del primer acto, la escena representaba una especie de jardín donde un hombre, al parecer muy enojado, profería destemplados gritos y una mujer, despeinada y llorosa, unía sus manos como implorando perdón. Naturalmente no vieron nada más; pero aquello las había impresionado mucho y al día siguiente abrumaron a preguntas al tío, que con su bondad y paciencia habituales tejió una historia fantástica para explicarles el significado de lo que habían visto:

"Erase una vez un gigante perverso que vivía en un palacio encantado y robó una linda princesa a la que llevó cautiva a sus dominios. Ouiso luego casarse con ella; pero como la princesita se negara

a aceptar por marido un hombre mucho más grande que ella"...

—En el teatro no parecía tan grande — observó Laurita.

—Porque ustedes estaban muy lejos y a la distancia las cosas parecen más chicas — declaró Pedro muy contento de haber hallado una respuesta satisfactoria.

—¿Y entonces cómo la princesa no parecía chiquitita? — preguntó Julieta.

—Porque... bueno... si me interrumpen a cada momento no les cuento nada.

—¡Sí Tití, no seas malo!

—Pues como la princesa no quería casarse con un hombre tan feo y tan malo.

—¿Los hombres feos son siempre malos?

—No, siempre no; pero el de mi cuento tenía esta doble desgracia... Bueno... ¿dónde estaba?... ¡Ah! "El ogro para castigar a la princesa la encerró en una cueva y la condenó a morir de hambre; pero una buena hada tuvo lástima de ella y le abrió las puertas de la prisión. Mas como la pobre princesa estaba muy débil no pudo huir con ella y el hada tuvo que tomarla en brazos y llevarla a la despensa donde la princesa comió hasta hartarse de todas las provisiones que el gigante tenía almacenadas"...

—¿Había muchos dulces?

—"Muchos, de todas clases; pero, en lo mejor del banquete se apareció el gigante. El hada huyó por los aires, más la pobre princsea, que no pudo hacer lo mismo, tuvo que soportar las iras de su señor que por poco la mata". Eso es lo que ustedes vieron en el jardín.

—Es verdad... pero el principio no parece igual Nosotras no vimos ni la cueva ni el hada.

—Es que estaban medio dormidas. Bueno... mañana les sigo el cuento. Hoy tengo mucho que hacer.

Y en efecto, como las niñitas no dejaran de recordarle su promesa hubo historia para muchos días. Pancho, no recordaba jamás el hilo de su narración y embrollaba lastimosamente hechos y personajes Las chiquillas concluyeron por impacientarse y Laurita declaró terminantemente:

—Son muy feos los cuentos que escribes, tío Pancho. Y además no sabes contarlos.

—Has hablado como un ángel que eres — pensó Pancho. El público piensa de mis obras probablemente lo mismo.

No se borró el recuerdo de aquella noche memorable en las tiernas cabecitas y quizá porque la afición a las cosas de teatro eran enfermedad de familia, ser "artistas" convirtióse en el más grato sueño de las niñitas y a menudo amenizaban sus jue-

gos con representaciones más o menos auténticas.

Solas, una noche, las cuatro criaturas, pensaron que nunca se les presentaría mejor ocasión para entregarse a su entretenimiento favorito. Quizá decir "solas" es exagerar algo, pero no vale en realidad la pena contar a Pancho, encerrado en su escritorio, a Chichí, embebida en la lectura de un libro enorme, ni a la pequeña y única criada, lavando en la cocina los cacharros de la cena.

Juzgándose solas, pues, Laurita y Julieta decidieron organizar una representación con todos los requisitos del arte. Ni su abuela, ausente desde hacía largo tiempo, ni su madre desde una horas atrás, vendrían a impedirles sacar todo de su sitio para dar más viso de realidad a la cosa. En consecuencia la mesa del comedor fué transformada en escenario, cuanto tiesto con plantas pudieron transportar las traviesas manecitas, formaron un frondoso jardín; la lámpara, felizmente colgada del techo, representó la luna; todas las sillas de la casa, convenientemente alineadas, constituyeron la platea; Laurita y Julieta serían las artistas y espectdores, además del perro, el gato y las muñecas, Paquito y Bebé, que se caían de sueño, esperando que regresara su madre o concluyera su tarea la criadita para llevarlos a la cama.

No hay para qué decir que se representaría lo

único que las chiquillas habían visto, la para ellas famosa, obra de Pancho.

Teniendo en cuenta las explicaciones del propio autor de la obra, Julieta con sombrero y bastón del tío, desempeñaba el papel del gigante, furioso, porque su prisionera se ha comido, sin pedirle permiso, todos los dulces de la despensa; Laurita, de cola, con un vestido de Chichí, trágicamente revuelta la encantadora melena rubia, a la pobre princesa arrodillada... Julieta, añadiendo de su imaginación este detalle, levantaba airadamente el bastón y fingía descargarlo sobre las espaldas de la glotona, que profería destemplados gritos, cuando quiso la mala suerte que, en uno de aquellos amagos de azotaína, pegara el bastón en una hermosa maceta de porcelana que se hizo añicos con estrépito infernal. Asustadas, las precoces artistas se tiraron al suelo, cayó Julieta sobre Paquito dormido y rodaron ambos por el suelo en una lamentable confusión de gritos y lloros...

Simultáneamente Chichí con un libro enorme, Pancho, pluma en [redacted], y la pequeña fregona con una sartén a medio limpiar, hicieron su aparición azorados. Y levantar a unos, acallar a otros, oir quejas y explicaciones, fué obra de paciencia y buena voluntad. Cuando todo estuvo en calma, vuelta cada

cosa a su lugar y acostados los niños, Panchó llamó a Chichí:

—Necesito hablarte: ven conmigo al escritorio.

Siguióle la joven, algo confusa y mohina, porque su conciencia le reprochaba una parte de culpa en aquel desorden. Pero, después de todo, por qué había de estar ella siempre al cuidado de los chicos, mientras Magdalena paseaba? Ni siquiera había podido entregarse tranquilamente a la lectura de su novela. Precisamente acababan de interrumpirla en el pasaje más interesante, cuando la condesa descubre que su amante era un famoso ladrón, no obstante lo cual decide huir con él, dejándolo "todo... todo por el amor"...

Pancho iba resuelto a ser severo, pero el aire tímido de Chichí, sus ojos azules llenos de lágrimas, sus labios trémulos que no acertaban a formular una disculpa, lo desarmaron. Hízola sentar a su lado y, acariciándola como si fuera una chiquilla, le dijo:

—Tranquilízate, nena, no eres tú la responsable de lo que ocurre y no cometeré la injusticia de hacerte reproches. Otra es quien ha de oírlos. Dime solamente, pero sin mentir, dónde está tu hermana.

—Ni sé... Creo que iba a visitar a mamá. Quizá se haya quedado luego a comer en casa de los Fazzoli.

—¡Bravo! Sin duda para consolarse del pesar que

le ocasionará la vista de nuestra infortunada madr. . No pierde fácilmente el humor Magdalena. ¿Y dime ahora, a quién se propone conquistar tu hermana, al joven o al viejo?

—¿Qué dices? — preguntó Chichí estupefacta.

—Lo que oyes. Sólo así se explica que Magdalena, que nunca ha sido una mala madre, abandone a sus hijos. Seguramente es a don Nicola a quien dirige sus tiros, porque el mamarracho de Paul tiene otras ideas...

—¿Pero te has vuelto loco, Panchito?... ¡Magdalena pensar en casarse con don Nico!...

No pudo concluir Chichín: un acceso de risa (Chichí reía con la misma facilidad que lloraba) la sofocó.

—¿Qué sabes tú, inocente? Porque tú eres una inocente, a pesar de esos absurdos y abominables libros que lees.

Chichí se puso seria.

—¡Vamos, Panchito! ¡No digas disparates! ¡Libros absurdos y abominables! Los libros que yo leo, los lee cualquier muchacha de mi edad. Son novelas muy entretenidas. Ahora estoy leyendo una en cinco tomos que me prestaron las de Romero. Se titula: "Corazón despedazado" o "Los mártires del Amor" por... por... Bueno, el autor no me acuer-

do; creo que ni lo he mirado. ¿Qué importa el autor?... ¿No te parece?

Pancho miró a su hermana con tristeza. La encontró pálida y delgada. Quizá fuera la negligencia de su atavío que contribuía a darle aquel aspecto. Vestía un batón negro, muy usado, de Magdalena, donde holgaba su cuerpo, delicado y esbelto; llevaba sueltas las trenzas rubias, que parecían agobiar con su peso la cabeza demasiado pequeña (Chichí no se había decidido a sacrificar sus trenzas a la naciente moda de la melena). Y con todo era una figurita encantadora, de una belleza frágil, inmaterial, casi etérea.

—¿Oye, — dijo Pancho — no serías capaz de darme un gusto Chichín?

—¿Uno?... Todos, todos los que quieras.

—Bueno, pues no leas tanto, ya que lo que debieras leer te aburre y lo que te gusta solo puede causarte daño o, por lo menos, no te reporta beneficio alguno. ¿Por qué no sales?

—¿Y a dónde voy a ir, estando mamá tan mal? Sólo por verla a ella salgo. No sería propio que me presentara en cines o paseos. Y... además para eso necesitaría trajes, dinero... Bien sabes que no los tengo.

—Pero,—observó Pancho, cuyo corazón se oprimió, creyendo adivinar un reproche en las palabras,

dichas realmente sin intención de Chichí.—No se trata de ir a cines ni paseos, sino de hacer un poco de ejercicio en bien de tu salud. Veamos, hoy me han pagado un artículo extra y puedo hacerte un regalo. ¿Cuánto necesitas para hacerte un traje nuevo?

—¡Oh no! — dijo la niña enrojeciendo — no lo he dicho por eso. No quiero que te sacrifiques más por nosotros, Pancho. Ya lo haces con exceso. Si no fuerà por tí, no sé qué sería de esta casa, porque a Quico, fuera de la mísera suma que nos da mensualmente, no hay medio de sacarle un centésimo. Y eso que ahora gana más que tú. Pero nada le basta y creo que hasta tiene deudas A mi no me importa no tener lindos trajes, Pancho; no creas que lo he dicho por eso.

—Pero a mí, sí, me importa. Quiero llevarte a pasear al campo los domingos, Chichí.

La niña titubeó:

—Es que... la verdad, no me gusta salir, Pancho. Yo me hallo bien en casa, con mis libros y...

Mordióse los labios, su rostro enrojeció violentamente y no se animó a seguir.

—¿Qué más? — preguntó Pancho ansiosamente.

—¡Nada! ¡Nada!

—Sí, sí, tú me ocultas algo. Te ruego que no n e

engañes, Chichí. Mira que yo solo puedo velar por tí. ¿Tienes algún festejante, verdad?

—¡No! ¡No! ¿De dónde sacas semejante cosa? ¿Quién te lo ha dicho?

—¿No quieres ser franca conmigo? Yo creía que me querías un poco más.

—Pues bien... sí, tengo novio — dijo en voz baja la jovencita.

El corazón de Pancho sintió la angustia del presentimiento.

—¿Dónde lo has conocido? ¿Quién es?

—Lo conocí en el tranvía, yendo a visitar a mamá, que es, como te he dicho, mi única salida. Es alto, hermoso, de rostro pálido y ojos negros. Viste con mucha elegancia...

—¿Pero su nombre, su familia? — interrumpió Pancho impaciente.

—Se llama Víctor Roxani. Es todo lo que sé.

—¿Y cómo has averiguado su nombre?

—Me lo dijo él mismo.

Pancho se puso muy pálido.

—Es decir, que les has hablado... ¿Dónde y cuándo?

—Aquí, en la puerta, algunas veces. Otras en el tranvía o por la calle.

—¡Imprudente niña! Hablar con un hombre, cuyos antecedentes no conoces.

—¿Y qué me importan sus antecedentes? — dijo Chichí, con una ingenuidad tan sublime como peligrosa —. ¡Lo amo!

—¿Y si fuera un perdido, un ladrón?

La heroína de la novela que leía Chichí contestó por ella:

—Le amaría lo mismo.

Pancho estaba consternado. Comprendió que debía mostrarse severo y tuvo que violentarse lo indecible porque hacer sufrir a Chichí era algo superior a sus fuerzas. Pero no había otro remedio, si quería impedir la completa desdicha de su hermana.

—Ahí tienes, desdichada criatura,—dijo dando a su voz toda la energía y dureza posible — el resultado de esas lecturas abominables como las he llamado hace un rato con razón. Has creído hallar en ese Víctor a un héroe de novela y te juzgas tú misma la interesante heroína. Afortunadamente aquí estoy yo para obligarte a volver a la realidad. Por lo pronto te prohibo, lo oyes bien, te prohibo terminantemente ver y sobre todo hablar a ese hombre mientras yo no haya obtenido sobre su persona los informes necesarios. ¿Por qué no ha procurado acercarse a mí, si tiene buenas intenciones? Pero... para qué, si tú eres lo bastante insensata para no poner obstáculo a sus obscuros designios? Te creerá una de esas tantas infortunadas niñas, sin la menor no-

ción de moral ni aún de pudor, que se entregan al primero que las solicita.

—¡Pancho, por Dios! — interrumpió Chichí aterrada y llorosa.

—Perdóname si me veo obligado a hablarte tan brutalmente. Tú has dado lugar con tu conducta. Pero... basta ya de palabras ociosas. Piensa en lo que acabo de decirte, pues te advierto que, si me desobedeces, soy capaz de todo. Preocupada con sus planes ambiciosos, Magdalena no es capaz de velar por ti. Pero, yo viviré alerta y, si intentan burlarme, ¡ay! de ti y ¡ay! de él sobre todo.

María Luisa abrazó llorando a Pancho y le dijo mimosa:

—Panchito... no seas malo. ¿Qué te he hecho para que así me trates? Te lo he contado todo, cosa que he hecho con nadie y esa es mi recompensa por haber confiado en tí?

—¿Me obedecerás?

—¡Sí, sí!

Pancho, desarmado ya, la besó tiernamente.

—Es por tu bien, nenita. Yo no quiero otra cosa. Ojalá fuera ese hombre digno de tí, de tu bondad, de tu ternura. Ojalá te vea yo dichosa. Me parecería que mi misión estaba terminada y moriría contento...

—¡Bah! ¿Quién piensa en morir? — dijo Chichí,

sonriendo ya, a través de sus iágrimas. Ya verás cómo al fin todos seremos dichosos, como en el cine y en las novelas. Tú con María Victoria yo con Víctor y Magdalena... Magdalena con don Nicola — concluyó soltando una ruidosa carcajada.

—Mira, Chichí, por favor, no me recuerdes nunca eso. Y ahora vete. Tengo que trabajar y necesito un poco de calma.

—¿Qué escribes? ¿Alguna novela?

—No, un drama, en el que fundo algunas esperanzas. Si triunfo, vendrán para nosotros mejores días. Vete, nena, y, por el recuerdo de nuestro padre, no me desobedezcas!

—¡Si te he dicho que no! ¡Qué desconfiado eres!

Salió Chichí y Pancho intentó ponerse de nuevo a trabajar; mas no pudo coordinar una sola idea. Es absurdo pretender escribir dramas para conmover al público cuando se lleva una tragedia en el corazón. Altúnez arrojó la pluma leios de sí, con rabia, y se puso a pasear agitadamente por la habitación.

Esta era pequeña, húmeda, mal alumbrada. Sobre el escritorio, en las sillas y hasta por el suelo, veíase papeles y libros en el más completo desorden. El piso, de color indefinible, estaba lleno de fósforos apagados y colillas de cigarros y en los rincones las arañas tejían pacíficamente sus telas, sin temor al plumero o la escoba que pudieran destruírlas.

¡Cómo se notaba en todo la ausencia de la madre, hacendosa y prolija hasta la exageración!

Pancho pensó que sus hermanos y él habían heredado los defectos de sus padres más no las virtudes: Quico y Chichí el carácter inconsciente aniñado de la madre, sin ninguna de sus buenas cualidades; él la tendencia a soñar, la poca previsión, la susceptible altivez del abogado Altúnez, sin su resignación, sin su automática fuerza de luchador obscuro.

Solo Magdalena, fuerte y enérgica, no se parecían en realidad a ninguno de los dos. Inteligente y obstinada, Pancho la sabía capaz de ir derecho a sus fines, sin reparar en obstáculos. Pero ¡cuánta dureza, cuanto excepticismo malogrando cualidades que podrían haber sido magníficas! Su casamiento con Enrique Guzmán, un muchacho muy joven, sin fortuna y sin porvenir, había sido su única veleidad romántica. Se efectuó contra la voluntad de su familia. La impulsaba el amor — quizá el capricho — y todo lo subordinó a él. Arrepentida pronto de aquel impulso, no había hallado ni dado felicidad. La viudez la dejó libre. ¿A dónde llegaría ahora Magdalena, desengañada del amor e impulsada por la ambición?...

Pancho, que tenía el gran mérito de ser sincero consigo mismo, concluyó que eran los cuatro seres

raquíticos, anémicos, con esa anemia moral más terrible e incurable aún que la física.

El automóvil que conducía a Magdalena se detuvo frente la casa. Pancho oyó risas, la voz aguda y desagradable de Colette, la armoniosa de Magdalena, la jerga ítalo-criolla de don Nicola.

Sintió luego que subían, que alguien que supuso sería Magdalena, llamaba a la puerta del escritorio. Pero Pancho, que había cerrado con llave, no contestó. Cuando, pasada una hora, oyó que las visitas se iban, sin fuerzas para la entrevista que había proyectado con Magdalena, ganó apresuradamente su dormitorio.

# XI

A la mañana siguiente, cuando Pancho acababa de levantarse, entró Magdalena en su habitación. Fresca, sonrosada, risueña, con una expresión de triunfo en sus magníficos ojos, parecióle a su hermano que nunca la había visto tan bella. La melena obscura y sedosa, el talle más fino, de acuerdo con los nuevos dictados de la moda, el traje de seda negro que descubría la mayor parte del brazo, la rejuvenecían maravillosamente. Pancho que sólo le llevaba cinco o seis años, podía pasar fácilmente por su padre.

—Tengo que hablarte, Pancho — dijo resuelta la viuda de Guzmán.

El la miró fijamente, como si quisiera leer hasta el fondo de su alma.

—Sé perfectamente lo que vas a comunicarme y puedes ahorrarte esa humillación. Dime solamente

cuándo es la boda para que pueda hallarme ese día bien lejos de aquí.

—Pancho, — dijo ella tomándole una mano que él retiró — es necesario no tomar así las cosas. Puesto que me sacrifico en bien de todos, más justo sería agradecérmelo.

—Tal vez... pero yo no puedo. Dar el título de "hermano" a don Nicola es superior a mis fuerzas.

—Sentémonos Panchito y óyeme. Es verdad, me caso con ese hombre o, mejor dicho, con su fortuna. Aseguro así el porvenir de mis hijos, el de Chichí y hasta el tuyo, si quieres.

—¡ Nunca! A mí no volverás a verme, puedes estar segura.

—¿ Pero por qué? ¿ Crees que caerá tan grave deshonor sobre nuestra familia porque yo me case con un hombre honrado y rico? ¿ Qué tienes que decir contra él?

—Mira, Magda, aunque habláramos todo el día ni tú podrías comprenderme ni yo disculparte. ¡ Partimos de puntos tan opuestos! Antes que vendida, aunque sea legítimamente al oro de don Nicola, ¿ sabes lo que preferiría?

—¿ Qué?

—Saber que un amor culpable te había arrojado en brazos de otro, si ese otro era digno de tí.

El recuerdo de Pedro Muriel, cuyas relaciones con

ella estaba Pancho a cien leguas de sospechar, endureció la voz y la mirada de Magdalena.

—Son ideas muy... literarias las tuyas, mi pobre Pancho; pero de ningún resultado en la vida práctica. ¡Y yo que esperaba encontrarte razonable y hasta ocuparme de tu porvenir, es decir, de tu dicha!

—En mi porvenir y en mi dicha te prohibo terminantemente mezclarte.

—Hay una mujer joven, bonita y rica que me consta no se haría de rogar para casarse contigo, Pancho... — insistió Magdalena sin hacerle caso —. No tienes más que extender la mano y el porvenir es tuyo.

Pancho miró a su hermana con desprecio.

—¡Calla! Me das asco... Puedes buscarle otro marido a la hija de tu futuro si como supongo de ella se trata. ¿Por qué no la casas con Quico? No se hará de rogar mucho ese... ¡Con tal de no trabajar! La diferencia de edades está equilibrada por los millones y en cuanto al amor para seres como vosotros, maldita la falta que hace. ¡Vamos, no pierdas tiempo conmigo! Propón ese brillante negocio a tu aprovechado hermanito.

—Así lo haré; me has dado una buena idea — dijo Magdalena tranquilamente—. Voy a tratar de convencerlo que esa tontita de Rosa Muriel no le

conviene. Lo malo es que tal vez Colette no acepte el cambio. Ha cometido la mayor tontería que podría hacer en este mundo: enamorarse de un tonto.

—Aún puedes hacer otra cosa, — prosiguió Pancho, cuyo tono acerbo denotaba una de esa cólera que suelen ser tan temibles en las personas de carácter dulce — acaparar a toda la familia procurando que Chichí se case con Paul.

—De muy buena gana lo haría; — replicó Magdalena que oponía a la exaltación de su hermano su desesperante calma glacial — pero Chichí es una tontuela que está enamorada de todos los héroes de cine que ha visto y de los de las estúpidas novelas que lee. Como Paul es un muchacho sencillo y sólido, que nada dice a su cabecita romántica, no lo aceptaría. Además, no sé si lo sabes; pero Paul ama a otra.

—¿A María Victoria, no? — preguntó Pancho riendo convulsivamente.

—Sí, a María Victoria. La ama verdaderamente, con ese amor desinteresado que tú encuentras tan hermoso. La ama tanto que ha renunciado a su primitiva idea de hacerla su amante...

Pancho se puso lívido.

—¡Miserable! ¡Con que ha osado!... Y ella, con su conducta ha dado lugar...

Magdalena era capaz de muchas cosas, pero no

de manchar sus labios con una calumnia.

—No, tranquilízate. María Victoria es buena y pura. Se ocupa menos de Paul que de Bobby, el fox-terrier que tú le regalaste. ¡Qué digo! Paul se consideraría muy dichoso si obtuviera de ella alguna de las infinitas atenciones que le merece el perro.

—¡Entonces me ama! — murmuró Altúnez, sintiendo su alma invadida por ternura infinita.

—Para su desgracia y la tuya tal vez. ¿Qué esperas? ¿Casarte con ella? ¿Formar un hogar a cuyas necesidades no podrás atender debidamente? ¿O pasarás por la humillación de permitir que trabaje tu mujer? Si la quieres realmente, déjala libre. Es joven y linda. Hallará un porvenir mejor.

—¿No fuiste feliz con tu marido a pesar de vuestra pobreza? — preguntó Pancho ansiosamente.

—¡No! — contestó Magdalena con amargura —. Y creo que él tampoco. Las dificultades agriaron nuestros carácteres y, a la primera reyerta, el amor huyó como un pájaro asustado...

—¿Amabas tú realmente?... ¿Hiciste algo para retener a la espantada avecilla?

Magdalena se encogió de hombros.

—No divaguemos... Nadie sabe bien cuándo ama o no ama, dónde empieza o dónde muere el cariño. Yo me atengo a los hechos: no fuimos felices. Cada hijo nos traía una nueva inquietud. Enrique lo re-

cibía con desabrimiento, yo con pena. Y es que nos resultaba una carga. Tú no sabes — y ojalá no lo sepas nunca — lo que significa considerar una carga a los hijos. Enrique murió en plena juventud, agotado quizá por la lucha tremenda. Junto con él enterré yo mis sueños, mi sed de ideal. ¿El dinero es la llave de la vida?... Heme aquí dispuesta a conquistarla. Imítame, Pancho. Déjate de romanticismos e ilusiones, propios, cuando más de los que están en los primeros años de la juventud. Cuando se ha, como tú, malgastado ésta, es ridículo a los treinta y ocho años intentar rehacer la vida.

La voz amarga, excéptica, cruel, golpeaba formidable en la conciencia de Pancho. Era lo mismo que él se repitiera hasta el cansancio en sus horas de desaliento moral; pero al oírlo de boca de su hermana parecióle que adquiría un nuevo y terrible poder de convicción. Inclinó la cabeza, con el triste gesto de los vencidos y, conteniendo por orgullo las lágrimas que acudían a sus ojos, contestó:

—Me has hecho un daño inmenso, Magda; pero creo que tienes razón. No seguiré tus consejos de vender mi libertad y mi corazón; pero tampoco me casaré con María Victoria. De esto puedes estar bien segura; la quiero demasiado para hacerla partícipe de mi triste suerte. Llegaría acaso un momento en que ella, tan confiada, tan animosa, me des-

preciaría por mi falta de valor. Y no quiero que esto suceda. Se acabó...

Su acento era tan desgarrador que Magdalena tuvo miedo y piedad.

—¡Vamos! No te aflijas así, mi pobre Pancho. ¡A tu edad! Si tuvieras veinte años, pase. Sigue mi consejo: vence, como yo, tu corazón, ya que no pudiste vencer al destino y serás feliz.

Altúnez no contestó y Magdalena salió de la habitación, moviendo la cabeza como el que se halla ante un niño o un loco.

Solo Pancho, como si de toda aquella cruel convresación no hubiera retenido más que una sola frase, murmuró:

—Tiene razón Magdalena. Cuando se ha malgastado la juventud, es ridículo, a los treinta y ocho años, intentar rehacer la vida.

Por vez primera, como una obsesión cobarde, la idea de la muerte penetró en su corazón...

## XIII

MALVINA!... ¡Malvina!... ¡Malvinaaa!... ¿Dónde demonios se mete esa muchacha? Son ya las ocho y media y tengo que estar a las nueve en el empleo...—aquí un doloroso suspiro de Federico.—Pero en esta casa del diablo nunca encuentra uno las cosas prontas. Miren — aquí pareció buscar la aprobación de espectadores imaginarios.—Las camisas sin un solo botón, los cuellos y puños deshilachados, los botines sin lustrar, ni una gota de agua en la jarra. Y trabaje usted después para mantener a la familia. ¡Malvinaaaaa!... ¡Muchachita del diablo! ¡Como yo te agarre!

A los destemplados gritos de Quico, fué María Luisa la que acudió, abrochándose el vestido, con el rubio cabello enmarañado y los ojos entorpecidos por el sueño.

—¿Dónde está la muchacha? — preguntó Federico furioso.

—Habrá ido a la lechería, señor "marqués". No se agite tanto, que aquí estoy yo para servirlo. ¿Qué desea su excelencia?

—A mí no me vengas con chistes, ¿eh? Si no quieres que te enseñe una vez por todas. Lo que quiero es que a un hombre como yo, que se mata trabajando se le atienda como es debido. ¡Mira! La jarra sin agua, ni una camisa que pueda decentemente ponerme, pues la que no le faltan botones, está hecha trizas... ¡Y trabaje uno para sostener a semejante familia! ¡Toma... ahí tienes... ahí tienes!...

Volaron por el aire las malaventuradas camisas y, casual o intencionalmente, una pegó en el rostro de Chichí que puso el grito en el cielo.

—¡Atrevido!... ¡Insolente!... ¡Atreverse a pegarme! ¡No faltaba más! Para la miseria con que contribuyes al sostenimiento de la casa, bien puedes suprimirla y así no te creerás con derecho a ser tan exigente. Aquí es Pancho y no tú quien nos mantiene, ¿oyes? Y nunca pide nada y mucho menos con exigencia, el pobre...

—Así anda, hecho un atorrante: da vergüenza. Pero yo no soy tan zonzo, no soy burro de carga... Lo que es conmigo no van a jugar; o se portan como es debido o me mando mudar para siempre. Vaya a traerme agua... pronto.

—No te traigo nada... nada... ¡Yo te voy a dar

que me pegues atrevido! ¡No faltaba más! Nadie lo ha hecho hasta ahora, ni mis padres.

—¿Vas o no?

—¡No!

Seguía llorando a gritos Chichí a la vez que desafiaba a su hermano con la mirada, pateaba Federico furioso y sabe Dios en qué hubiera parado la cosa si el barullo no atrae a Magdalena, a cuya vista calmóse Quico como por encanto, no así Chichí que redobló sus lloros.

—¿Quieren decirme lo que significa este escándalo? Me han despertado las criaturas.

—Este insolente me ha pegado — dijo Chichí siempre sollozando — porque no encuentra las camisas arregladas. Ultimamente, tanta obligación tiene Magdalena como yo de cuidarte la ropa; pero a ella te guardas muy bien de decirle nada, porque siempre te ha dado plata y "tapado" todas tus calaveradas. En cambio conmigo te aprovechas, porque aquí nadie se ocupa de defenderme; pero ya estoy harta de ser la cenicienta, de servir de estropajo, desde que mamá falta de casa. Cualquier día soy yo la que se manda mudar.

—¡Cállate Chichí, no exageres! — dijo Magdalena, con aquella su voz de una dulzura fría e inalterable —. La verdad es que bien podías tener un poco más de cuidado para el pobre muchacho, por-

que yo tengo otros deberes y otras atenciones; pero esto no es motivo para alterarse de ese modo y convertir la casa en un inquilinato... ¿Qué dirán los vecinos? ¿No les da vergüenza? Dame las camisas Quico, yo te las arreglaré.

—¡Pero si son casi las nueve! Me van a echar del empleo. Bueno... lo que es a mí, poco me importa. Ya estoy harto de pasarme todo el día encerrado, trabajando como un negro para sostener a mi atenta y cariñosa familia.

—¡Já! ¡Já! ¡Já!...—Ahora reía Chichí ruidosamente.—¿Con que eres tú quien nos sostiene? Se precisa tener descaro. ¡Cualquiera que lo oiga cree que es cierto!

—¿Me hacen el favor de concluir esta interesante escena? — dijo Magdalena con autoridad. Vete, Chichí; yo necesito hablar con Federico.

María Luisa, que también respetaba a Magdalena, no se hizo repetir la orden; pero antes de irse torció el gesto a su hermano y, como si fuera una chiquilla, le sacó la lengua.

—Siéntate, Quico tengo que hablarte — dijo Magdalena.

—¿Pero... y mi empleo? ¿No ves que se pasa la hora?

—No importa; tu jefe es amigo de mi novio, al que debe bastantes atenciones. Yo haré que te dis-

culpen estas y otras faltas. Por hoy mandaremos aviso de que estás enfermo. Además si encuentras como dices, muy pesado ese trabajo, pronto podrás dejarlo, si quieres.

—¿De veras? ¿Se compromete a mantenernos a todos el "gringo"?

—Quico, — dijo Magdalena severamente — te prohibo llamar así al hombre honrado y bueno que será pronto mi marido y para quien yo tengo la mayor estimación y cariño.

Los ojos de Federico, negros y hermosos como los de su hermana, se abrieron cuan grandes eran.

—¡Ah! Perdona... Si lo tomas así... pero lo que es a mí no me haces creer tú que te casas por cariño con don Nicola.

—No pretendo hacerte creer en una pasión romántica que, a mi edad y con lo que he sufrido estaría fuera de lugar; pero sé apreciar realmente las buenas cualidades de mi prometido.

—¡Como que están apuntaladas por su enorme fortuna! — exclamó Quico echándose a reir, esta vez sin miramientos ante la comedia que intentaba representar Magdalena y sin hacer caso del gesto de reprobación de ésta.

—Bueno... desisto de convencerte. En realidad me tiene sin cuidado lo que tú y otros piensen de mi casamiento. Pero, sí, te advierto que exijo para

el hombre que ha de ser nuestro bienhechor consideración y respeto.

—¡Cómo no! "La bendición, tatita" — dijo Federico con toda seriedad, juntando las manos y arrodillándose ante un personaje imaginario.

Magdalena contuvo heróicamente la risa...

—¡Qué nunca puedas conducirte seriamente! Pero dejemos esto, pues yo deseo hablar contigo sobre algo que te interesa muy especialmente.

—¿Vas a proponerme algún medio para salir de pobre?

—Tal vez... Pero antes contesta con sinceridad a una pregunta que quiero hacerte: tú tienes amores con Rosa Muriel?

—Amores... Amores... Si por amores se entiende suspirar hace más de un año por ella sin obtener otra cosa que miradas. Porque es chúcara hasta más no poder. La madre la ha educado para monja, creo. Si le escribo, no me contesta; en la puerta no quiere hablar y si alguna vez la encuentro por la calle sola o con la hermanita me huye. Así que desde que, ignoro por qué, dejaron de venir aquí, no he podido cambiar más que cuatro palabras en una fiesta de beneficencia a la que, por milagro, concurrieron sin el consabido apéndice del hermano. Y, a propósito del hermano... He sabido que es él quien se opone a mis amores con Rosita... ¿Sólo

porque no me considera con méritos suficientes para aspirar a su hermana o porque tú le has desahuciado por segunda vez?... Porque yo creí notar que ustedes se entendían cuando él venía a nuestra casa... Luego se te ocurrió casarte con don Nicola... ¡Y tendría que ver que yo tuviera que pagar por tus coqueterías, Magdalena! Digo esto porque al principio Pedro Muriel no parecía hostil a la simpatía naciente entre su hermana y yo.

Mientras su hermano hablaba un rubor doloroso encendía las mejillas de Magda.

—¿Qué tengo yo que ver en las fantasías de Pedro? Lo que pasó entre nosotros fué hace muchos años... Lo de ahora son... suposiciones equivocadas tuyas. Pedro querrá un hombre de más porvenir que tú para su hermana y en eso obra cuerdamente, te lo digo con entera franqueza. Pero vamos a lo que importa: ¿tú la quieres?

—Tanto como quererla... No sé. Me gusta mucho porque es lindísima. Pero su esquivez me tiene algo cansado.

—¡Mejor! Porque no sé a dónde vas a llegar con esos amores. ¿O es que piensas seriamente en casarte con ella?

—¡Casarme! — y soltó Federico una carcajada ruidosa—¿Y con qué, hermanita? A no ser que tu

futuro lleve su generosidad hasta dotar a Rosita para que yo sea feliz.

—No digas tonterías... que la cosa no es para bromas. Bueno, puesto que no puedes casarte con ella porque no tiene fortuna y tú eres un pobre diablo sin carrera ni voluntad para el trabajo, hazme el favor de dejarla tranquila. Sólo conseguirás que esa niña sufra y pase lastimosamente el tiempo.

—¿Y a tí qué te importa? — preguntó Federico sorprendido.

—Mucho, porque yo pienso en todos ustedes y tengo para tí un partido brillante que asegurará tu porvenir.

Los ojos de Quico brillaron codiciosos.

—¿Quién es? ¡Dime! ¿Quién es?

—La hija de Nicolás: Colette.

Federico se levantó de un salto.

—¿Esa?... ¡No faltaba más! ¡Una cursi y que promete, según es ya de gorda, convertirse en una tonina!... Además me lleva lo menos cinco o seis años. ¡Muchas gracias! No estoy dispuesto a sacrificarme.

—Delicado el niño... — dijo con ironía Magdalena —. Pues, hijo, cuando se tiene, como tú, tan buen gusto, es preciso, ante todo, saber formarse un porvenir para permitirse el lujo de satisfacerlo. ¿No quieres? Allá tú. Sigue trabajando. Prívate de todo

para ahorrar y, aunque sea a la vejez podrás casarte con tu Rosita.

—¡Rosita! ¡Mi divina Rosita! — suspiró Federico —. Potencias enemigas se conjuran en contra nuestra. ¿Por qué habrá en el mundo gente siempre dispuesta a meterse en lo que no le importa? ¿Por qué existirán Magdalenas de corazón frío y metalizado?...

—No necesitas lamentarte tanto. Nadie te obliga a hacer una cosa que tanto te repugna. ¿La quieres? Tanto mejor. ¡Cásate con ella!

—¡Rosita! ¡Mi divina Rosita! — volvió a suspirar Quico.

—Que seas muy feliz con ella — prosiguió Magdalena implacable —. Lo que sí, desde ya te advierto: no cuentes, en adelante, para nada conmigo, ni con mi marido tampoco. Yo me llevo a Chichí. Pancho dice que se va... no sé dónde. Tú arréglate como puedas, que edad, fuerzas e inteligencia te sobran para ello.

—¡Magdalena, no seas mala! — murmuró el mucracho, a quien aquel porvenir impresionaba desastrosamente.

—Yo miro tu bien. Ojalá hubiera alguno de nosotros capaz de llevar a cabo algo grande... algo hermoso. Pero no... Por temperamento, por educación, ¿qué sé yo? pertenecemos a esa mísera raza

de parásitos sin fe ni aliento, buenos sólo para vivir a expensas de los demás. Pancho es el mejor... en teoría. Porque en la práctica, ya ves a dónde ha llegado el pobre: a convertirse en un desgraciado lleno de sueños e idealismos que no puede realizar.

—¿Pero, aunque yo la pretenda, me hará caso? — murmuró Federico casi convencido —. Soy un niño a su lado. Se burlará de mí...

—Eso déjalo de mi cuenta — contestó Magdalena que conoció su triunfo —. Me encargo de allanarte el camino. Confórmate con seguir mis instrucciones y respondo del éxito. No te oculto que está un poco despechada porque gustaba mucho de Pancho y éste, mil veces tonto, nada quiere saber con ella...

—¡Eso más!

Magdalena se encogió de hombros.

—¿Vas a pararte ahora en pequeñeces? El mismo despecho ayudará a tus fines. Además, no tienes por qué hacerte de rogar tanto; no se trata de ningún monstruo, si no de una mujer joven, bonita e inteligente. Le falta un poco de "chic" pero eso se adquiere. Conque prepárate a desplegar todas tus habilidades. ¡Tendría que ver que la dejara indiferente el homenaje de un muchacho buen mozo, audaz e inteligente como tú!

Seducido finalmente por la lisonja, Federico, como el cuervo de la fábula, dejó caer el queso... es de-

cir su "amor" por Rosa Muriel. Por un instante la encantadora imagen de la que fuera su primer ensueño flotó, cándida y luminosa ante su vista y, al pensar que tendría que substituírla por la de la obesa y oxigenada Colette, sintió en el corazón, aquel corazón que al fin y al cabo era un corazón de veinte años, un escalofrío de angustia...

Aquella tarde y las siguientes, en vano esperó Rosita Muriel en el balcón a su, hasta entonces, constante y rendido admirador. Federico Altúnez.

## XIII

Después de la reyerta con Quico, Chichí se encerró en su habitación, no sin hacer acopio de algunas provisiones que le permitieron, a las horas de la comida, hacerse la interesante y no ir a la mesa; como niña grande, mimada y voluntariosa que era, esperaba que su actitud conmovería a los hermanos, induciéndolos a rogarla y desagraviarla. Pero se llevó chasco, pues Pancho, que tal vez lo hubiera hecho, no estaba en casa ese día, y Magdalena y Quico, absortos en sus proyectos de ambición, no se ocuparon para nada de ella. Esto aumentó el despecho de la joven que se pasó el día llorando y apenas probó el alimento que en previsión, había escondido.

En su natural tendencia a exagerarlo todo, aumentada por la lectura de tanto novelón romántico, llegó a considerarse una víctima, una criatura des-

dichada, injustamente perseguida. Pancho, hasta allí tan bueno, el único de sus hermanos que la comprendía, habíala tratado con dureza, recriminándola y poniendo obstáculos a lo único que constituía su dicha: el amor de Víctor; Federico la maltrataba, quería convertirla en su criada; y Magdalena, lejos de impedirlo, le daba la razón, emprendiéndola también con ella.

¿Qué rol desempeñaba, pues, en el hogar?... El de Cenicienta: cuidar la casa, la ropa, los chicos, mientras Magdalena salía a sus lecciones, paseos o —aquí el rencor sugirió un mal pensamiento a Chichí — ¡sabe Dios qué! ¿Y después que su hermana se casara, mejoraría su suerte? No por cierto. Tendría que vivir con Magdalena, soportar a su atroz marido, a la antipática Colette, al necio y ridículo Paul... ¡Quién sabe si Magdalena no se proponía casarla con aquel fantoche! A que si no tanto ponderarlo, tanto declamar contra los matrimonios de amor, pues éste no es eterno en el hombre y sólo queda la mujer enamorada para querer por los dos... y para sufrir sola. Y, aunque así no fuera, ella seguiría en su papel de niñera, cuidando a los sobrinos, mientras los demás se divertían...

Pasó la noche sin dormir, dando vueltas y más vueltas en su pobre cabecita a mil extravagantes proyectos de rebelión, suspirando por la libertad como

un pajarito alocado. Y al día siguiente se levantó rendida, con los ojos que parecían desmesuradamente agrandados por las ojeras en el rostro menudo y pálido. Parecióle como nunca, fea, estrecha y sombría su casa, sentía como si la ahogaran los altos muros vecinos y corrió a la puerta de calle en busca de un poco de aire y de un rayo de sol.

Pero tampoco el espectáculo que se ofrecía a sus ojos podía satisfacerla. La casa, más que modesta, estaba situada en un barrio esencialmente comercial, ocupado por barracas, fábricas y depósitos que robaban al paraje toda su belleza, el justificado nombre de "Bella Vista" que en un tiempo, antes de que las obras del nuevo puerto lo afearan, mereció. Frente a la casita de Altúnez había un edificio de ladrillo rojo, un aserradero, más allá una antiestética construcción de zinc, destinada a almacén de cueros y mercaderías de campaña, luego un terreno cercado de alambre, donde procreaba una turba de gallos antipáticos y gallinas insoportablemente cacareadoras... Eso era lo único que se ofrecía a la soñadora y calenturienta imaginación de Chichí. Para huir de aquella vulgaridad monótona, la joven solía llegarse hasta la esquina con los niños, allí donde ningún obstáculo se interponía entre el espectador y la belleza natural del paisaje, para extasiarse en la contemplación de la Bahía, dominada por la mole

gris-verdosa del Cerro, con sus graciosas casitas escalonadas.

Pero en lugar de pensamientos plácidos y serenos, eran deseos locos, planes irrealizables los que la visión magnífica le inspiraba. El negro penacho de un vapor, esfumándose en el horizonte, le hablaba de giras encantadas por las grandes capitales del Mundo; extremecíase al oir el silbato del ferrocarril que pasaba a corta distancia, como invitándola a huir muy lejos de su miseria y de sus luchas. ¡ Qué hermoso sería correr por el campo sin límites hasta caer rendida y dormirse acariciada por la jugosa frescura de los pastos! ¡ Pobre Chichí! La verdad era que, por el momento, tenía que conformarse con bastante menos.

Cuando iba a visitar a su pobre madre complaciale tomar aquel modesto tranvía del Norte—protesta del pasado contra el progreso—que pasaba frente a su casa y la llevaba, en un largo y lento viaje, por parajes realmente hermosos que hasta entonces no conociera. Por lo menos aquello la libraba de la monotonía de lo ya explorado. Además el democrático tranvía "de caballos", frecuentado casi exclusivamente por gente del pueblo no le ofrecía probabilidades de encontrarse con gente que la había conocido en su antigua posición, cosa que le hubiera resultado desagradable.

Fué en uno de esos viajes que conoció a Víctor quien, por casualidad — si es que la casualidad existe — tuvo la ocurrencia de tomar aquel tranvía porque sí, acaso en un día de tedío. Llamóle enseguida la atención la delicada figurita de Chichí, que se destacaba ideal, no obstante su modesto vestido de luto ya bastante deteriorado, entre aquel conjunto de rudos trabajadores y mujeres del pueblo. Audaz él e imprudente ella, con un pretexto baladí entablaron conversación. Era un día de invierno, más bien pesado y húmedo; las ventanillas estaban cerradas y se respiraba un vaho insoportable de tabaco y de alcohol. Víctor veía palidecer de repugnancia el delicado rostro de la niña, notó su mirada ansiosa buscando al guarda. Como al fin ella intentara sin resultado bajar el cristal, él se levantó galantemente y prestóle aquel pequeño servicio. Después se sentó a su lado y cambió con ella algunas frases amables y respetuosas. No tuvo inconveniente en contestarle Chichí; la conversación se prolongó durante el largo trayecto y Víctor quedó enterado del triste objeto del viaje de la joven, así como de los días que acostumbraba hacerlo. Tuvo él buen cuidado de tomar nota; adivinando en María Luisa una niña mal vigilada, imprudente e ingenua a la vez, se hizo desde entonces el encontradizo. Vinieron después los amoríos en la puerta de la calle,

a escondidas de la familia, todo el archisabido proceso amoroso entre el hombre que sólo desea una fácil conquista y la pobre niña sin juicio ni fuerzas para evitarlo.

Chichí nada sabía de los antecedentes ni intenciones de Víctor. Se había enamorado de él porque era hermoso y distinguido, lo creía bueno porque sabía halagarla con palabra cariñosa y persuasiva. Hasta lo suponía rico porque vestía siempre con irreprochable elegancia. A decir verdad, esta última condición poco le importaba. En su amor juvenil y generoso no entraba para nada el interés. Amar y ser amada era ya para Chichí la dicha suprema. ¿Qué podía importarle lo demás?

Entretanto, después de la revelación de Chichí, el deber de velar por la honra y felicidad de su hermana abolía en Pancho Altúnez toda otra idea o sentimiento. Sin pérdida de tiempo puso en juego todos los medios a su alcance para obtener informes sobre la personalidad un tanto misteriosa de Víctor Koxani. Desgraciadamente aquellos no pudieron ser peores. Supo que era un muchacho muy joven, de veinte años apenas, perteneciente a una distinguida familia, pero sin carrera ni afición al trabajo. Además dividía las horas de su vida ociosa entre el vino, el juego y las mujeres, siendo, no obstante su

extrema juventud, muy conocido en todos los círculos del desorden y la galantería.

No sin hondo dolor por la pena que iba causar, enteró Pancho a Chichí de lo que había averiguado, prohibiéndole luego terminantemente seguir aquellos locos amores. Lloró y suplicó la niña, pero viendo inflexible a su hermano, después de obtener permiso para celebrar con su novio una postrera entrevista, prometió obedecer.

Dos días después reía como siempre, pareciendo que se había olvidado de su amor. Altúnez, a quien aquella pronta resignación se le hizo sospechosa, siguió un tiempo vigilándola. Salía ahora Chichí con frecuencia, alegando la necesidad de distraerse y Pancho no podía impedírselo, después de habérselo rogado. Pero, en la medida que sus ocupaciones se lo permitían, no la perdía de vista, siguiéndola algunas veces a distancia. Al fin, como no notara nada anormal se tranquilizó, creyendo que lo que había existido entre Roxani y su hermana no pasaba de una simple niñería. No había querido enterar a Magdalena ni Quico de los amores de Chichí, primero porque los consideraba incapaces de velar por ella y segundo porque la exponía a burlas y reconvenciones, traicionando así la confianza que la pobre niña había depositado en él. Y no bien estuvo o creyó estar seguro de la absoluta docilidad y buen

juicio de la joven, dejóla libre como antes.

Una circunstancia vino a facilitar los planes de los enamorados, distrayendo la atención de Pancho: después de muchas peripecias, su última obra dramática acababa de ser aceptada por el director de una mediocre compañía nacional.

Algunas humillaciones había apurado Altúnez antes de conseguirlo, no obstante la amistad que lo ligaba al primer actor y empresario a la vez...

—¿Por qué no escribes cosas más regocijadas? —habíale dicho éste —. El público no está ya por esos complicados problemas de la vida. Si acude al teatro es con la esperanza de ver caras bonitas y hacer su digestión mediante una buena dosis de risa. Una revista, un sainete, es preferible.

Confesó Pancho que él no tenía gracia ni para hacer reir a un niño o a un tonto.

—Una obra policial, espeluznante entonces... También tienen la aprobación de cierto público. Tu cargo de cronista policial podría ayudarte precisamente en esto.

—Eso no es arte—protestó Pancho indignado—. Prefiero no escribir más una línea, romper mi pluma. Yo no me alistaré jamás en esa turba de escritorzuelos que fomentan, en bien de su bolsillo, las bajas pasiones del pueblo.

El artista se encogió de hombros.

—Como quieras, hijo, como quieras... Pondré en escena tu obra por darte gusto; pero no respondo del éxito.

Empezaron los ensayos para desesperación de Pancho que, más de una vez, estuvo por echarlo todo a rodar. Especialmente el elemento femenino, disgustado porque la obra no daba lugar a exhibición de trajes ni formas, lo hacía todo al revés. Rabiaba Altúnez y más de una vez recordó el prudente consejo de María Victoria, consejo que lo había herido en su amor propio:

—Si no se considera usted con talento suficiente para imponerse al público, ni es de esos que, no pudiendo convencerlo, halagan su mal gusto, ¿por qué escribe? ¿Por qué no emplear sus energías, su fuerza de voluntad en otra cosa? En el arte "muchos son los llamados y pocos los escogidos". Vale más renunciar a ser de los primeros, cuando estamos seguros de que nunca llegaremos a ser de los segundos.

Pancho no agradeció aquellas palabras dichas tal vez con esa franqueza demasiado ruda del que desea hacer bien; pero ahora las recordaba. Y seguramente las hubiera puesto en práctica si una repentina simpatía de la primera actriz por el autor — que éste por conveniencia fomentó — no salva la obra, cuyo estreno se anunció al fin.

## XIV

La víspera del día señalado para el estreno de su obra, Pancho se sintió otro; parecióle que volvían los felices y descuidados tiempos de su juventud cuando, sin otra preocupación que el arte le halagaban sus primeros y fáciles triunfos literarios. Había llegado a cifrar grandes esperanzas en su obra; parecíale que iba por fin, a confundir aquellos que le negaban talento para el teatro... hasta a María Victoria, sí, también a ella, que tampoco creía en sus condiciones de dramaturgo. ¡Qué desquite si el aplauso del público lo consagrara en su presencia! ¡Cómo le parecería levantarse, hacerse digno de ella! ¡Cómo desaparecerían sus timideces y sus vacilaciones!

Después de casi dos meses que esto no acontecía fué a visitar a su extraña novia, para hacerle partícipe de su mejor estado de ánimo, pero su semientusiasmo se enfrió bastante ante el recibimiento

de la joven, afectuoso, tranquilo y cordial como siempre. El hubiera deseado reproches, un pedido de explicaciones que le probaran cuánto había sido notada su ausencia; la amabilidad de María Victoria que nada le preguntó, como si se hubieran visto la víspera, fué para él ruda decepción... No supo comprender que la joven estaba realmente herida por su aparente desvío, aunque lo disimulaba por amor propio y que lo que él creía indiferencia era sólo despecho.

Sin embargo, la entrevista terminó mejor que otras veces; lejos de desanimarlo (ya que se encontraba en presencia de un hecho consumado y hubiera sido crueldad) la joven lo alentó con frases suaves y tiernas que lo reanimaron recordándole los primeros y más felices días de aquella original "amistad amorosa" y prometió asistir, con su madre, al estreno.

Llegado el momento, experimentó Pancho la primera decepción al ver la sala del teatro casi vacía; exceptuando las consabidas entradas de favor, no había en la platea treinta personas.

No obstante el primer acto pareció interesar a los escasos espectadores, el segundo gustó mucho menos y a la mitad del tercero, algunos se marcharon. Cayó finalmente el telón en medio de una indiferencia glacial donde algunas palmas tímidas y desganados

gritos de "¡el autor!" "¡el autor!" parecieron sonar irónicamente compasivos.

¿Era realmente mala la obra? No tanto. Sin ser prueba acabada de un gran talento (Pancho no lo tenía) la idea era bella; pero estaba desarrollada sin calor, sin vida... Diríase que adolecía de los mismos defectos que su autor y la acción no correspondía al pensamiento. Además los artistas, desconcertados por la sala vacía y silenciosa, habían trabajado de mala gana, de ahí su completo fracaso.

Quizá por demasiado grande, el desengaño no pareció sorprender a Pancho, casi ni lo hizo sufrir y, aunque era todo lo contrario, hubiérase podido creer que lo esperaba.

Desentendiéndose de tres o cuatro oficiosos que pretendían consolarlo con esas vulgaridades que más bien irritan, se marchó del teatro sin esperar siquiera a María Victoria, a la que ni había saludado. Aunque no sentía dolor, sí, un abatimiento, un inmenso cansancio y anhelaba dormir con sueño de plomo.

Pero ni esta dicha suprema de los desgraciados iba a serle permitida.

Con sorpresa, halló a Magdalena esperándolo en la puerta de su casa; pálida, deshecha en llanto, ella que jamás lloraba, comunicóle la fatal nueva: María Luisa había huído del hogar. Consecuente con

su temperamento exaltado y sus ideas románticas, la desdichada niña lo había dejado todo... "todo por el amor".

Contra lo que podía esperarse el golpe terrible, lejos de anonadar esta vez a Pancho, infundióle una energía que jamás había tenido. Por lo menos ahora tenía que habérsela con un enemigo de carne y hueso, ya no lucharía con el destino que descarga sus golpes en la sombra. ¡Cara pagaría su infamia el miserable si se negaba a una reparación!

Sin pérdida de tiempo y evitando dar al suceso publicidad, púsose Pancho sobre las huellas de la fugitiva; pero durante más de un mes sus pesquisas resultaron infructuosas. Y ya empezaba a invadirlo el más terrible desaliento, cuando Chichí pálida, desengañada y marchita regresó espontáneamente al hogar.

Pancho no le hizo reproche alguno y hasta impuso silencio a las reconvenciones de Quico y Magdalena. En su concepto la culpable estaba suficientemente castigada: no había más que mirarla...

En efecto los lindos ojos azules de Chichí, cercados de ojeras violáceas, parecían más que nunca prontos al llanto; pero la sonrisa que antaño borraba instantáneamente las lágrimas no reaparecería jamás: el dolor había envejecido a Chichí.

Alentada por la bondad del hermano mayor, em-

pezó la niña su confesión lamentable. Había huído con Víctor porque éste le aseguró que así lograrían más fácilmente de sus respectivas familias, consentimiento para el matrimonio, consentimiento que él se encargaría de obtener. Pero el tiempo pasaba sin que Víctor diera paso alguno en tal sentido y la niña que, cegada por su amor había aceptado todo cuanto él propuso y vivía dichosa en la modesta habitación donde se ocultaban, empezó a sospechar si todo no habría sido una indigna comedia, si Víctor sólo había tenido la idea de seducirla, para abandonarla luego quizá. Exigióle entonces que cumpliera su palabra, pero él se echó a reír y confesóle cínicamente que jamás había pensado casarse con ella y que como en realidad carecía de medios para sostener un hogar, si no estaba conforme a su lado lo mejor que podía hacer era volver junto a los suyos que la buscaban y seguramente la perdonarían. Un resto de innata dignidad había impedido a Chichí rebajarse con súplicas ante su seductor; altiva y muda siguió sus consejos y aunque él al verla decidida a marcharse, pareció arrepentido de sus palabras e intentó detenerla con súplicas y promesas, ella se mantuvo firme en su tardía pero digna resolución. Ahora, si los suyos la rechazaban, no le quedaba más que un camino: morir.

—¿Amas aún a ese hombre, a pesar de la afren-

ta que te ha inferido? — preguntó Pancho compasivamente —. Si es así, yo sabré obligarlo a cumplir su palabra. En caso contrario, la solución es aún más simple: lo mataré.

Extremecióse de horror Chichí y, llorando siempre, confesó que todavía lo amaba...

—Está bien, voy a buscarlo, dame sus señas. Entretanto nadie aquí tiene derecho a injuriarte, pobrecita que has pecado por inexperiencia y exceso de amor. ¿Si los tuyos te rechazan, quién podrá levantarte?

Pancho besó a la pobre niña en la frente y después de recomendar que sus órdenes fueran respetadas, salió para ir en busca de Víctor, cuya dirección obtuvo de Chichí, aunque con esta recomendación:

—Aunque se niegue, no lo mates, Pancho. Si él muriera yo no podría consolarme jamás.

Pronto dió Pancho con el seductor de su hermana y desde las primeras palabras no pudo menos de sorprenderse al hallar al joven en las mejores disposiciones para reparar su falta. Más aturdido que malo, Víctor amaba en el fondo a la pobre Chichí y el digno y altivo gesto de ella había acabado de dominarlo. Después que lo había abandonado, lamentaba amargamente su ausencia y sólo el te-

mor a los hermanos de la niña le había impedido ir en su busca.

Así, pues, él estaba dispuesto a casarse, pero había una dificultad: nada poseía y su familia se negaba terminantemente a ayudarlo. Estaba resuelto a trabajar y cambiar de vida, pero entretanto era menester instalarse y vivir.

Dichoso al ver que las cosas se arreglaban tan satisfactoriamente, sin detenerse a pensar cómo, prometió Pancho subsanar aquel contratiempo; pero, una vez en la calle, se puso a reflexionar que aquella promesa no era fácil de cumplir. Y lamentó hubiera pasado el tiempo en que los hombres se vendían como esclavos, pues gustoso hubiera sacrificado su libertad y aún su vida por la felicidad de Chichí. Con todo, llevaba a ésta una buena nueva, la de las leales intenciones (que eran una prueba de amor) de Víctor.

Fué Magdalena la que se encargó de cumplir lo que Pancho prometiera. Aprovechando el dominio que ejercía sobre su futuro contóle confidencialmente el nuevo drama que acababa de herir a su ya tan castigada familia, pidiéndole su ayuda para evitar la desdicha, con seguridad, la muerte de la infortunada Chichí. Enamorado como un jovenzuelo, mostróse don Nicola generoso, pródigo... No solamente se comprometió a sufragar los gastos de la boda

e instalación de la pareja, sino que ofreció su casa a María Luisa y Víctor, mientras éste no se hallara en condiciones de sostener la propia.

Este plan no ofrecía mayores dificultades porque Magdalena y don Nicola quedarían solos después de la boda. Contra lo que Magdalena esperaba, Federico no había tenido éxito en sus pretensiones con Colette, pues ésta, que era inteligente, comprendió bien la monstruosa ambición del muchacho y, después de haber jugado un tiempo con él, fingiendo que aceptaba sus galanteos, concluyó por reírsele en la cara.

Quico se puso furioso con Magdalena, a la que culpó de su fracaso, pero ésta supo calmarlo, asegurándole que muchachas ricas y deseosas de casarse sobraban y, en estos casos, cuando se tiene audacia y... poca vergüenza, no hay por qué desesperar del éxito.

Entretanto, disgustados por la boda de su padre, Paul y Colette proyectaban volverse a Europa. Desengañado definitivamente el primero por María Victoria al ofrecerle su mano y herida la segunda, no menos por el desdén de Pancho que por la audacia de Federico, iban a buscar olvido y felicidad en su adorado París.

Pancho devoró en silencio la humillación de que fuera don Nicola y no él la verdadera tabla de sal-

vación de Chichí. Aunque satisfecho en el fondo por ver asegurada la felicidad o, por lo menos, salvada la honra, de su hermana favorita, sintióse de nuevo derrotado, de más en la vida...

Cuatro o cinco días después, Pancho acompañó a Chichí que iba a hacer a María Victoria su última visita de soltera y a invitarla para su casamiento. La joven maestra que estaba muy lejos de sospechar el drama que acababa de ensombrecer la existencia de Chichí, recibió a ésta cariñosamente y alegróse en el alma de su dicha.

Realmente, aunque María Victoria y Chichí simpatizaban, no hubo nunca entre ellas gran amistad. Debido quizás al profundo antagonismo que existía entre sus caracteres no llegaron a intimar y sólo se habían visto muy de tarde en tarde, excusada la una con sus tareas y la otra con sus degracias. No obstante y sin que Pancho tuviera necesidad de indicárselo, María Luisa quiso hacer, antes de casarse, una visita a la que consideraba novia de su hermano y pidió a éste que la acompañara. La entrevista fué cordial y afectuosa, sorprendiéndose un poco María Victoria de no hallar en Chichí aquella expresión radiante de quien se halla en vísperas de realizar el más caro sueño de su corazón. La encontró desmejorada, pensativa, triste casi, sin que nada indicara en su rostro, ora mortalmente pálido, ora cubierto

de rubor, esa dulce serenidad de los que van, confiados y fuertes, a un porvenir dichoso. En cuanto a Altúnez, impenetrable y grave, sí, parecía tranquilo, pero su calma respiraba más resignación que felicidad. No habló, aunque tuvo ocasión para ello, una sola palabra, referente a sus esperanzas, con María Victoria, limitándose a tratar de temas indiferentes y saliendo sólo de su circunspección, cuando María Victoria nombró accidentalmente a Paul. Vióse brillar entonces en sus ojos un fuego sombrío, una llamarada de feroces celos; pero esto duró poco, sustituyéndola su habitual y más que nunca pronunciada expresión de cansancio.

María Victoria quedóse preocupada y descontenta después que se fueron. Sentía, como casi siempre en sus entrevistas con Pancho, un malestar profundo, una inquietud sorda que le daba ganas de llorar. Si la actitud, fría y estudiada de Pancho, la dejaba desconcertada, el aspecto de Chichí le parecía encerrar un enigma doloroso.

¿Es que todas las muchachas, en víspera de casarse tenían que adoptar por fuerza esa actituz de mártires que van, inquietas y turbadas, al sacrificio? A ella le parecía, que amando y siendo amada, próxima a realizar sus sueños, le pasaría algo muy diferente, que sentiría el alma ligera, que tendría deseos de reír

de cantar, de comunicar a todos su exuberante alegría...

Y aquí se detuvo profundamente pensativa... ¡Sus sueños! ¿Es que no estarían también próximos a realizarse? Casadas sus hermanas (Magdalena también lo hacía en fecha próxima). Pancho quedaba libre y segura de que la amaba, a pesar de las rarezas de su carácter, reclamaría sin duda el cumplimiento de la antigua promesa.

Y he aquí que, ante este pensamiento, tampoco sentía ella gran alegría... ¿Era que no amaba a Pancho? Sí, ciertamente, lo quería mucho, sentía un grande y genoroso deseo de hacerlo feliz, de borrar, a fuerzas de caricias aquel pliegue de honda amargura que ella había conocido siempre en su frente, de ser para él, más que una esposa, joven y sonriente, una madre, una hermana de caridad.

Y sin embargo, no era ese el ideal que ella se había forjado cuando en otro tiempo, se le ocurría pensar vagamente en el matrimonio. Parecíale que, si algún día se casaba, su marido tendría que ser un hombre todo fortaleza y serenidad, en cuya mano apoyaría confiadamente la suya y sobre cuyo gran corazón reposaría segura, como cuando era pequeñita, en el regazo de su madre.

¡Cómo se encarga la vida de desbaratar los planes que se forja una imaginación juvenil! Contra

toda lógica, se había ligado voluntariamente a un ser débil, inquieto, atormentado, a un hombre que, a pesar de su madurez y siendo ella casi una niña, tendría que alentar, que dirigir, que sostener para que no cayera o se extraviara en los ásperos y enmarañados senderos de la vida.

Pensando esto comprendió al fin María Victoria por qué, en probable víspera de sus bodas, tampoco sentía ella deseos de cantar ni de reír.

## XV

Las bodas de Chichí y Magdalena fueron fijadas para una misma noche.

Por disposición de Magdalena que era quien tenía la exclusividad en este asunto, todo debía llevarse a cabo sin demasiada ostentación, que no decía con las recientes desgracias de familia, pero tampoco en una intimidad tan absoluta que diera aire de querer ocultarse.

La desdichada escapatoria de María Luisa había pasado inadvertida, gracias a las precauciones tomadas, y por si alguno, a pesar de todo, la sospechaba era menester despistarle.

En consecuencia obligó a la pobre muchacha a hacer y recibir visitas, a mostrarse en todas partes, a ocuparse sin apresuramientos sospechosos de su ajuar. Chichí sufría lo indecible. Aquella farsa, la visita oficial de Víctor, dos veces por semana y bajo la severa mirada de Magdalena eran para ella una

tortura inacabable. Muchas veces preguntábase por qué no la habían guardado mejor antes, por qué todo no se había conducido como ahora, por qué no era ella la novia inmaculada, ante quien el bien amado inclina con respetuosa adoración la frente...

Madurada por el dolor, razonaba claramente y decíase que si la hubieran preparado mejor para la vida, si una ternura tan vigilante como discreta hubiera velado por ella, si su hogar fuera el "dulce hogar" de la vieja canción inglesa, ella no habría tal vez delinquido.

Víctor, justo es reconocerlo, obraba correcta y delicadamente, sin permitirse la menor alusión al pasado, como si jamás hubiera existido entre ellos más intimidad que la presente. Mas Chichí creía traducir su violencia, un principio de frialdad y de cansancio bien lejanos, bien distintos, de la apasionada ternura de los primeros tiempos.

Cuando hablaba de estas cosas con Magdalena ella lejos de compadecerla y consolarla la reñía con dureza, diciéndole que podía darse por satisfecha por el giro que habían tomado las cosas, después de su insensata conducta. Que la quisiera o no tendría ella siempre que estar agradecida a Víctor por portarse caballerosamente y darle su nombre, cuando pudo haberla abandonado en la ignominia. Y, por último, que se guardara muy bien de echar a perder

con sus torpezas y niñerías el trabajo que se habían tomado todos para evitar las consecuencias de su vergonzosa fuga.

Rechazada así por Magdalena y estando a matar con Quico que se mostraba con ella más duro, exigente y despótico que nunca, la pobre Chichí buscaba instintivamente el apoyo de Pancho; pero el corazón de éste parecía haberse cerrado para todos y también para ella. Huía de su casa no presentándose ni a las horas de comer y cuando, por casualidad, no salía, se encerraba en su escritorio, donde algunas veces escribía, pero las más se los pasaba echado en un sofá, fumando, con la vista perdida en el techo o siguiendo con atención, digna de mejor espectáculo, las espirales de humo de su cigarro.

Una vez, no obstante la prohibición, consiguió Chichí llegar hasta él; pero Pancho, que estaba en uno de sus peores días y tenía el alma tan opaca como la atmósfera de su habitación que se volvía irrespirable por el humo, la recibió con una [redacted] aspereza que contrastaba con la habitual dulzura de otros tiempos.

—¿Qué quieres, pobre Chichí? — le dijo, haciendo un esfuerzo para disimular su desagrado.

Entonces empezó ella una serie interminable de lamentaciones contra la tiranía de Magdalena que la obligaba a una vida ficticia, que no quería oir ha-

blar de que su casamiento con Víctor debía efectuarse a la brevedad posible, sin ruido, como correspondía a dos que han faltado y que sólo ansían reparar su falta.

Pancho la escuchó con visible impaciencia y al terminar la joven se encogió de hombros.

—¡Qué hemos de hacerle hijita! Sí, en otro tiempo me hubieras hecho caso no te verías en la que te hallas. ¡Y gracias! Que peor podías estar. Yo no puedo hacer nada por ti.. Magdalena es quien tiene los cordones de la bolsa y ya se sabe que, en este mundo, el que paga... ordena. No te queda otro remedio que someterte.

María Luisa se echó a llorar.

—Todos son duros conmigo... También tú... ¿Por qué habré nacido? ¿Por qué no tendré valor para morir?

Pancho se conmovió.

—¡Vamos, nenita! No hay que afligirse. Tienes toda una vida por delante. Si el buena pieza de tu Víctor cambia, quizá te esperan aún días felices. Toma la vida como es, sin exigirle imposibles, sobre todo después de haberte labrado tú misma tu destino. ¡No llores, que me acabas de romper el corazón!

Pero Chichí seguía llorando sin consuelo, sintiendo que nada podía remediar lo irremediable, que en

vano se unirían los pedazos de su ideal hechos trizas: siempre habría de conocerse la soldadura.

Viendo que, sus palabras, quizá por lo inoportunas, no conseguían calmar a Chichí, a Pancho se le ocurrió un argumento supremo:

—Te digo que no llores, tontita. Te envejecerás, te pondrás fea y Víctor no te querrá más.

María Luisa se enjugó precipitamente los ojos y corrió a mirarse en el espejo de la sala, para sorprender sin duda alguna arruga en la juvenil frescura de su tez. Tranquilizada volvió junto a Pancho que sonreía y ella sonrió también.

—¿De veras, Panchito? ¿Crees que llorar envejece?

—Así dicen — contestó él gravemente —. ¡Con que ten cuidado!

—No lloraré más — declaró Chichí con sincera resolución.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

El día del doble casamiento, Pancho contempló sin emoción a Magdalena, radiante de belleza, del brazo de un marido que parecía su criado; pero lloró al ver humillarse la frente de Chichí, coronada, para engañar al mundo, de azahares que no tenía derecho a llevar.

La tristeza de Pancho impresionó a María Victoria que era, con su madre, de los concurrentes a la

ceremonia. ¡Ella que creía hallarlo alegre y animoso porque su pesada misión había terminado ya!

Una vez más sintió el impulso generoso de consolarlo, de dedicar su vida a hacerle feliz. Tentada estuvo de recordarle las palabras con que en época no muy lejana y bien ajena de que todo se solucionaría tan pronto se había consagrado a él: "Si algún día lo relevan de este cargo, venga a mí. Me encontrará'.' La retuvo su pudor de mujer: era él quien debía [redacted]. Pero los labios de Pancho permanecieron mudos a ese respecto. Habló poco con María Victoria. Sólo, en un momento en que se hallaban sin testigos, en el jardín de la antigua casa de los Altúnez, — vuelta a poder de sus dueños, como regalo de boda de don Nicola a Magdalena, — se inclinó rápidamente sobre ella y por vez primera la besó. María Victoria entendió que era aquella una manera de recordarle su promesa y como en aquel momento llegara gente a interrumpirlos, el punto quedó sin aclarar.

Al despedirse él le dijo que iría a verla al día siguiente y le pidió que lo esperara en la puerta porque deseaba hablarle sin testigos. Algo sorprendida ella se lo prometió.

—Voy a ausentarme para siempre y quiero devolverle su palabra, amiga mía — fueron las primeras palabras que Pancho le dijo. — Nuestro sue-

ño era, como yo lo presentía, una locura. Realizarlo sería, de mi parte, criminal.

Un agudo dolor en el que había mucho de desdén oprimió el alma de María Victoria. Hizo un esfuerzo para dominarse y logró decir con voz tranquila:

—¿Es decir que no me quiere ya?...

—¡Oh sí! La quiero, demasiado, más que a mi madre... más que a Dios!

—¡Silencio! ¡No blasfeme! ¡Pobre amor el suyo que así renunciaba a la mujer amada! Yo no creo en él, Altúnez...

—Mejor, quizá, mejor así...

—No, no creo; pero, en nombre de nuestra buena y antigua amistad, voy a interrogarlo. ¿Por qué parte? ¿Dónde va?

—Parto para olvidarla... Me voy... no sé... No volveré.

Un horrible presentimiento agitó el corazón de María Victoria.

—¡Júreme que no piensa matarse! — exigió angustiada.

Altúnez sonrió sin responder.

—¡Júremelo! — continuó ella tomándole una mano con exaltación — ¡Oh si me diera aún esa pena, si fuera cobarde hasta ese punto, como execraría su memoria!

Algo como un sollozo desgarró el pecho de Pancho.

—¡Oh, no! — murmuró. — ¡Eso no! Poco importaría que usted aborreciera mi recuerdo; pero no quiero hacerla sufrir más, pobre querida. Tenía esa idea... lo confieso. Pero ahora... ¡le juro vivir!

Ella suspiró con alivio infantil.

—Prométame que seguirá luchando. Yo lo esperaré... ¿Por qué renunciar así a la felicidad?

—Porque yo no puedo dársela, amor mío. Soy un fracasado, un vencido, que carece de fuerzas hasta para ser feliz. Llegaría un momento en que usted me despreciaría por mi falta de valor. Y no quiero que eso suceda, porque entonces, María Victoria, sí que no podría vivir...

Aún insistió ella, pero quizá le faltó elocuencia. ¡El pesimismo de Pancho Altúnez había restado tantas energías a su alma! O su orgullo de mujer le sugirió que era impropio suplicar al que así rechazaba su generoso cariño. O bien la resolución de Pancho era irrevocable. Lo cierto es que, momentos después, se despedían para siempre...

Dos días después Pancho se embarcaba para Buenos Aires, sin despedirse de nadie, excepto de sus sobrinas entristecidas y llorosas, a pupilo en un colegio, y de su madre, que no lo reconoció. Antes

de partir echó al correo una larga carta para Chichí, que terminaba por estas palabras:

"No leas más novelas, nenita. Procura vivir en la tierra, cambiar a tu marido y cambiar tú misma. Si tienes hijos, que no se parezcan ¡por Dios! a nosotros".

En Buenos Aires, la gran ciudad implacable donde se triunfa o se muere, Pancho inició una recorrida angustiosa por diarios y revistas, para cumplir a María Victoria la promesa que le había hecho de "vivir". Halló trabajo, obscuro y mal retribuído, en un diario de segundo orden. Se dió por satisfecho y se hundió más y más en una bohemia, sin gloria y casi sin pan. Pasados unos meses, enfermo ya, le escribió a Chichí, que se apresuró a contestarle. enviándole dinero, proporcionado sin duda por Magdalena, en cuya casa seguía viviendo, porque Víctor sólo en parte había cumplido sus promesas y, si bien trabajaba, todo le era poco para los placeres de su vida de soltero, que había vuelto a reanudar. Pancho le devolvió el dinero. Ella insistió y él volvió a devolvérselo. Pero un día, acosado por la enfermedad y la miseria, se quedó con él. Fué su primera claudicación y la última.

Pocos días después el diario donde Pancho escribía, dedicaba un breve artículo necrológico a Francisco Altúnez, el escritor "bohemio" como le

llamaban. Tejía algunos fríos elogios a su memoria y lamentaba que una vida de pobreza y de desorden hubiera contribuído a su prematuro fin.

FIN


*Dióse fin a la impresión de este libro a XX días del mes de Noviembre de MCMXXV por los Talleres Gráficos de la Editorial Tor.*




T. 129